

ALFAGUARA



- © Del texto: 2009, Sara Bertrand
© De las ilustraciones: 2009, Francesca Mencarini
© De esta edición:

20109, Aguilar Chilena de Ediciones S.A.

Dr. Aníbal Ariztía 1444, Providencia

Santiago de Chile

www.librosalfaguarainfantil.com/cl

ISBN: 978-956-239-712-4

Inscripción N° 186.186

Impreso en Uruguay/Printed in Uruguay

Primera edición: noviembre 2009

Segunda edición: enero 2012

Diseño de la colección:

Manuel Estrada

Una editorial del grupo **Santillana** con sedes en:
España • Argentina • Bolivia • Brasil • Chile • Colombia •
Costa Rica • Ecuador • El Salvador • EE.UU. • Guatemala •
Honduras • México • Panamá • Paraguay • Perú • Portugal •
Puerto Rico • República Dominicana • Uruguay • Venezuela

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la Editorial.

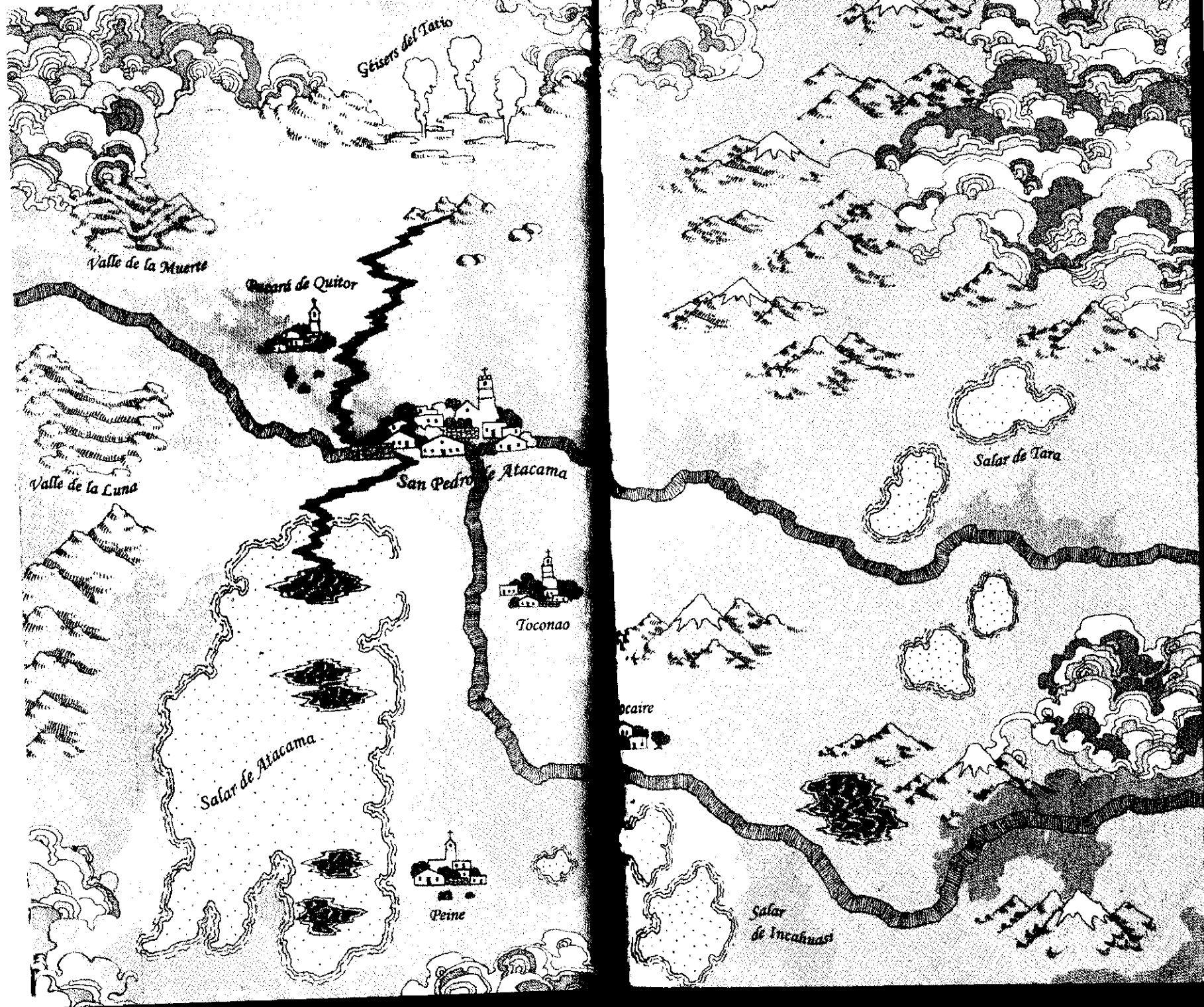
La momia del salar

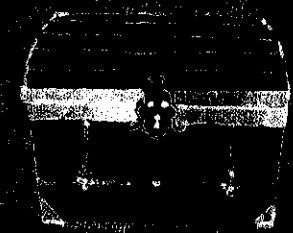
Sara Bertrand

Ilustraciones de Francesca Mencarini

ALFAGUARA







Primera parte

El secreto de la montaña

Un oasis llamado San Pedro



Apenas puso un pie en el suelo, Emilia le preguntó a su prima si tenía noticias sobre «aquel asunto».

— ¡Chist! — Laura la hizo callar—. Hay demasiada gente por aquí, ya te contaré.

Atardecía en San Pedro de Atacama. Esa hora de la tarde en que el desierto comienza a cambiar de color, la tierra se vuelve roja y las sombras se agudizan en medio de las dunas escarpadas del valle de la Muerte, y Emilia pensó que parecían de cartón.

— Tienes que venir — con esas palabras Laura la instó a viajar hasta San Pedro para sus vacaciones—. Van a ocurrir cosas que ni te imaginas — su prima sonaba intrigante al otro lado de la línea.

— ¿Qué cosas? — preguntó Emilia entonces.

— No puedo adelantarte mucho — advirtió Laura—, algo relacionado con un cementerio.

— ¿Un cementerio? — quiso saber Emilia.

— Una necrópolis inca — contestó Laura.

— ¿Y qué es una necrópolis?

— ¡Ay, Emilia! Necrópolis o cementerio es lo mismo — aclaró y continuó—: Un lugar en donde están enterrados príncipes y princesas incas.

—¿Y tú cómo lo sabes? —preguntó Emilia sorprendida. Antes de irse a vivir a San Pedro, su prima vivía obsesionada por las ruinas y restos arqueológicos y le había prometido que la llamaría apenas encontrara *algo*, pero Emilia no creyó que fuera cierto. ¡Cómo se había equivocado!

—Si quieres conocer el resto de la historia tendrás que viajar hasta acá —sentenció y no dijo más.

Por esa razón, Emilia pidió permiso a sus padres para ir a ver a Laura en las vacaciones de invierno. Y ahí estaba, entrando al Hotel Sequitor, un parador que los padres de Laura, sus tíos Felipe y Paula, administraban en San Pedro.

—Ahora me contarás sobre el cementerio inca —dijo Emilia.

—¡Por supuesto! —contestó su prima y la condujo hasta la cafetería.



Se acomodaron en una de tantas mesas. La niña miró hacia ambos lados, cerciorándose de que no hubiese nadie y, bajando la voz, dijo:

—Hace seis semanas, cuando te llamé por teléfono, ¿lo recuerdas?

Emilia asintió.

—Encontraron una momia en el salar.

—¿Una momia?

—¡Una momia perfecta! Se pueden distinguir los rasgos de su cara, su nariz, sus manos. ¡Todo! Es una mujer preciosa.

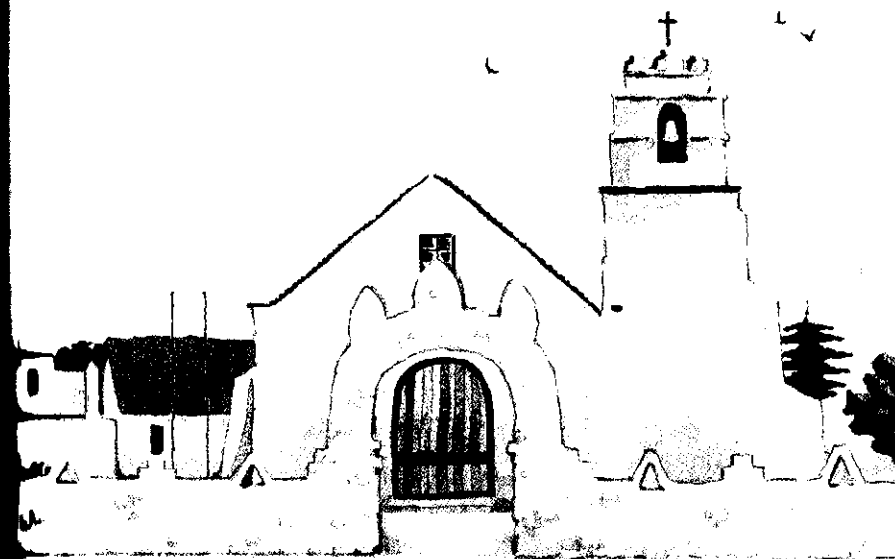
Emilia se rió.

—¿Una momia bonita? —preguntó entre risas.

—No te rías, es bonita de verdad. Los arqueólogos creen que se trata de una momia inca, una coya¹.

—¿Inca? ¿Tan lejos?

¹ Título de la esposa principal del sapa inca o «príncipe de los incas».



— ¡Emilia! El Imperio inca llegó a Chile, ¿no lo sabías?

— Sí, pero no tenía idea de que enterraran a sus muertos acá.

— Bueno, no era común y ese es el punto: ¿qué hace una princesa inca enterrada aquí?

— A lo mejor no era inca.

— Eso es imposible, porque llevaba puesta una túnica como la del señor de Sipán², una especie de poncho recubierto de hojas de oro machacado, además de unos brazaletes y orejeras incas. Imagínate que en la cabeza tenía algo así como un copón de oro enorme con unas inscripciones muy raras. Tristán, el arqueólogo jefe, cree que podría haberse escapado del imperio, al menos eso explicaría por qué fue enterrada tan lejos del *Tawantinsuyu*³.

— ¿Señor de Sipán? ¿*Tawantinsuyu*? ¡Laura! ¿De qué estás hablando? — preguntó Emilia.

Laura se sonrojó.

— Es que he tenido que leer mucha historia, digo, ha sido necesario. En todo caso, esto que te acabo de contar lo mencionó Tristán, el arqueólogo del museo; ya lo conocerás cuando vayamos.

— ¿Iremos? ¿Mañana? — preguntó Emilia.

— Si tú quieres — contestó Laura.

— Y la momia, ¿tiene algo que ver con ese cementerio que me decías antes?

² Rey de la cultura mochica, anterior a la inca, cuya tumba fue descubierta en 1987 en la región de Lambayeque, Perú. Por la fastuosidad de sus adornos, que no habían sido saqueados, se le ha comparado con Tutankamón.

³ «El Estado de las cuatro regiones» o «las cuatro regiones del mundo». Nombre del incario.

— Indirectamente, sí; es decir, te pedí que vinieras porque necesito que me ayudes a esconderlo.

— ¿A esconder qué? — exclamó Emilia

— ¡El cementerio, pues! — repitió Laura.

— ¿Pero te volviste loca? ¡Si eso es imposible!

— Emilia, si creyera que es imposible no te habría hecho venir, necesito tu ayuda — pidió.

Emilia no contestó.

— No quiero pensar en lo que podría ocurrir si se descubre que a pocos metros de donde encontraron la momia existe un cementerio inca. ¡Adiós momias!, ¡adiós tesoros!, ¡adiós uno de los secretos mejor guardados del último tiempo! Me ayudarás, prima, ¿lo harás?

— Si es que es tan importante — comenzó a decir la niña al tiempo que miró por la ventana. Estaba oscuro, una oscuridad como sólo se da en el desierto, completa y total. ¿Existiría realmente un cementerio escondido en medio de esas dunas?

La princesa inca



La cuenca de sus ojos era ancha y profunda, como si hubiesen esculpido dos esferas en su rostro. La nariz formaba un hueco imperfecto en medio del cráneo, tan pequeño y delimitado que llamaba la atención por su mesura. Sus huesos tenían un color parduzco que semejaban el de una piel bronceada y saludable, aquello le brindaba una consistencia tan vívida al esqueleto, que Emilia no sintió miedo. Todo lo contrario, experimentaba cierta reverencia ante su porte y sobriedad, como si se tratara de una mujer digna de ese respeto.

Sus pies, que permanecían amarrados a una cuerda, estaban tiesos apuntando hacia el cielo. Un detalle tétrico, pensó Emilia, pues daba la impresión de que se hubiese resistido al momento de ser atada. Con el paso de los años le habían crecido unas uñas tan largas y afiladas como las hojas de una cortaplumas.

Emilia se acercó al cadáver. Una película de polvo cubría su esqueleto y la cavidad formada por su boca resaltaba del conjunto. En un acto reflejo aguzó el oído, como si fuese a escuchar algo por el hueco de esa boca, la exhalación de su cuerpo o la soledad de su muerte.

Era una momia bella, constató. Bellísima, ¿qué duda cabía? Su prima Laura no había mentido.

La momia se encontraba en la sala principal del museo, detrás del recinto de exhibición, en una pieza con lavamanos, camillas de acero y unos mesones en donde reposaban una serie de utensilios difíciles de definir, por lo menos para ella que los miraba por primera vez. La momia permanecía recostada sobre una camilla, sin más vestimenta que una gasa blanca que le envolvía el cuerpo.

Adivinando su admiración y asombro, Tristán, el joven arqueólogo, se le acercó. Tenía el porte de una catedral, metro noventa y cinco de estatura, hombros anchos, brazos largos y una enorme cabellera rubia salpicada de mechones gruesos como rodillos.

—No es común encontrar una momia tan linda —comentó.

Emilia no contestó, Tristán se inclinó sobre el cadáver y continuó:

—Pienso que esta muchacha podría haber sido una *virgen de Sol*⁴.

La niña no podía apartar la vista de aquella silueta delgada y fina, tan delicada como una pluma.

—¿Virgen del Sol? —preguntó Emilia.

—En la época del Imperio incaico hubo mujeres que fueron escogidas para adorar al Sol. ¿Has escuchado hablar de ellas?

Negó con la cabeza.

⁴ Mujeres que, por su linaje y belleza, eran escogidas para ser esposas del dios Sol (Inti). Debían tejer sus ropas con lana fina de vicuña; una vez listas, se las enviaban al Inca, hijo natural y heredero del dios Sol.



— Pero esta jovencita se ve que estuvo casada — señaló el arqueólogo, tomándole una de sus manos huesudas.

— ¿Cuántos años tenía? — quiso saber Emilia.

— Probablemente quince o dieciséis — respondió Tristán sin levantar la vista, mientras trabajaba sobre el cuerpo de aquella muchacha con el cuidado de un joyero.

— ¿Y de qué murió? — a Emilia se le atropellaban las preguntas.

— Momento, señorita. Cuando tenga los resultados de los exámenes que le hice, quizás — Tristán arrancó con cuidado una pequeña muestra de piel que sobrevivía apergaminada sobre los huesos.

Emilia se estremeció. Hubiese querido seguir conversando con Tristán, pero su prima le tironeó de la manga.

— ¡Ya!, tenemos que irnos... — reclamó.

— Quiero quedarme un rato más — pidió la niña.

— Otro día, ahora no podemos, ya sabes — contestó, tomándola por el brazo y apartándola de Tristán.

— ¿El cementerio? — adivinó ella.

— Exacto — ratificó Laura, mientras salía del museo.

— ¿Y crees que está cerca de la tumba de la momia?

— Demasiado cerca, me temo — se lamentó.

— ¿Tristán te lo dijo? — preguntó.

— ¡Emilia! Tristán no puede saber nada sobre el cementerio, ¿me escuchaste?

— Ya, cálmate — la tranquilizó su prima.

— ¡Es que tienes que prometérmelo!

— Te lo prometo.

— Lo que sé sobre el cementerio me lo contó Ramón, un buen amigo mío. Su familia es una de las pocas del linaje atacameño⁵ que siguen viviendo acá en San Pedro, ¿me entiendes?

A Emilia no se le ocurrió qué contestar. Laura continuó:

— La suya es una familia antiquísima que conoce cada rincón, cada piedra, cada pimientito que ha crecido en la zona. Todo tiene un significado, una historia, y ellos se han preocupado de traspasarla a otras generaciones, pero ahora, con el descubrimiento hecho por Tristán, su tradición está en peligro. Imagínate que Ramón me advirtió sobre la existencia de la momia inca mucho antes de que fuera descubierta. De hecho, estuve en su tumba antes que Tristán. Era de madrugada. Habíamos ido con el pretexto de acompañar a mi papá en una excursión al volcán Licancabur y acampamos con el grupo de turistas cerca de ahí, pero en la mañana, mientras ellos fueron a hacer una escalada al volcán, nosotros partimos con Ramón al salar de Tara. Ahí estaba la *pascaná*⁶ en donde fueron desenterrados los restos de la momia que viste en el museo.

⁵ Los atacameños o likanantai fueron el pueblo originario y fundador de la llamada «cultura San Pedro»; se los reconoce porque fue el primer pueblo sedentario precolombino en desarrollar una gran cultura.

⁶ Paradero inca.

Oculto en el ventarrón



Iban caminando de vuelta al hotel, la calle se veía tan solitaria como en un pueblo abandonado. Corría una leve brisa que refrescaba algo el calor de esa tarde infernal. Emilia tenía la sensación de estar a los pies de un precipicio, un paso más y al suelo. ¿Qué historia tan extraña era la que contaba su prima? Le preguntó entonces:

—¿Me vas a decir que estuviste adentro de su tumba?

—¡No! ¿Te imaginas? Queríamos evitar que Tristán la descubriera, pero fue imposible —respondió—. Una semana después de nuestra visita, la tumba fue abierta por Tristán y su grupo de arqueólogos. Sabemos que llegó hasta la *pascana* atraído por el rumor del cementerio, pues lo busca hace muchísimos años. De hecho, mi papá lo acompañó durante un tiempo, lo buscaron juntos cuando eran jóvenes, ni siquiera se había titulado como arqueólogo cuando recorrieron los cerros en busca de sus rastros. Mi papá dice que Tristán se obsesionó con eso, porque un viejo atacameño le contó que existía el cementerio inca.

—O sea, que después de todo, ese cementerio no es ningún secreto —concluyó Emilia.

— Yo diría que es un rumor que no se ha podido confirmar — dijo Laura.

— Pero si existía un cementerio cerca de la *pascana*, ¿por qué enterraron a la princesa sola? — preguntó.

— No lo sé — respondió.

— Ramón debería saber — repuso Emilia.

— Tal vez; es decir, él sabe que el cementerio existe, toda su gente lo sabe, pero han jurado no revelar jamás su paradero. Para ellos es importante mantenerlo oculto, así me contó Ramón; de lo contrario, *se romperá la calma*.

— ¿Y se puede saber qué significa eso?

— ¡Ay, Emilia! No tengo idea, pero si Ramón dice que es importante que permanezca oculto y me pide ayuda, pues ¡tengo que ayudarlo!

— Está bien, no te enojas, pero es que toda esta historia me parece un poco rara, no sé, le faltan piezas, algo esencial para entenderla.

— ¿Como qué?

— Como que si para la gente de San Pedro era tan importante mantener el secreto, ¿cómo pudo ocurrir que un viejo atacameño le contara sobre su existencia a Tristán, que no es atacameño y que ahora trabaja en el museo?

— No lo sé.

— ¡Viste! Hay algo que no cuadra — afirmó Emilia.

— Mira, la verdad es que Ramón no dijo mucho más. Un día llegó muy angustiado al hotel, pues sabía que Tristán preparaba una expedición hacia la *pascana* y que, de encontrarla, desenterrarían a la momia. Entonces me pidió que lo acompañara e

intentáramos borrar cualquier indicio. Cuando llegamos me contó que bajo esas rocas habían enterrado a una mujer muy bella, la más bella de todas, tú la viste, Emilia. ¿Cierto que es una momia bonita?

Emilia asintió.

— En fin, el asunto es que estuvimos dando vueltas un rato largo hasta que encontró una piedra. Me pidió ayuda para moverla. Debajo encontramos una tapia, como una losa de cemento, pero era de roca y, sobre ella, unas inscripciones en quechua. Ramón me la leyó: *Alto, viajero. Aquí yace la princesa Anca Macapac*.

— ¿Y eso qué significa?

— Era una advertencia, la princesa resguardaba un lugar sagrado y ahora que Tristán la descubrió y la trajo hasta acá, probablemente le será más fácil encontrar el cementerio, y eso es lo que debemos impedir.

— ¿Pero por qué?

— Lo mismo le pregunté a Ramón — respondió Laura.

— ¿Y?

— Nada — dijo la niña.

— ¿Cómo nada? — preguntó Emilia.

— No me explicó nada más — replicó Laura justo cuando la brisa se transformó en ventarrón y una nube de polvo las envolvió.

Tan fuerte les golpeaba el viento que tuvieron que abrazarse para seguir caminando. Entonces, apareció de la nada un anciano endeble y con la mirada circunspecta. Se paró justo frente a ellas. Su cara era como un óvalo curtido por el sol y tenía unos ojos



pequeños pero intensos, como gemas azules clavadas en un muñeco de trapo. En sus gestos había cierta parsimonia tenebrosa que asustó a las niñas; quisieron gritar, pero él levantó una de sus manos y se llevó el dedo índice a la boca. Lo hizo con tanta autoridad que ellas, reprimiendo el grito, le obedecieron. Entonces, el viejo dijo:

— Aléjense del secreto que guarda la montaña, se lo advierto, aléjense...

En un raptó de osadía, Emilia se lanzó sobre él, pero en vez de cogerlo entre los brazos, como pensó, el anciano se esfumó como el aire. La calle quedó desierta y en el aire no flotó más que un vaho de calor. Las niñas miraron alrededor con desconfianza y se echaron a correr hacia el hotel.

En el Pukará de Quito



¿Qué fue eso? —preguntó Emilia con voz jadeante cuando llegaron a la entrada del hotel.
— ¡No lo sé! —contestó Laura, echándose hacia delante para respirar mejor.

— De repente, ¡zuas!, desapareció, ¡volatizado! ¿Lo viste? —preguntó Emilia.

— Y se veía tan real.

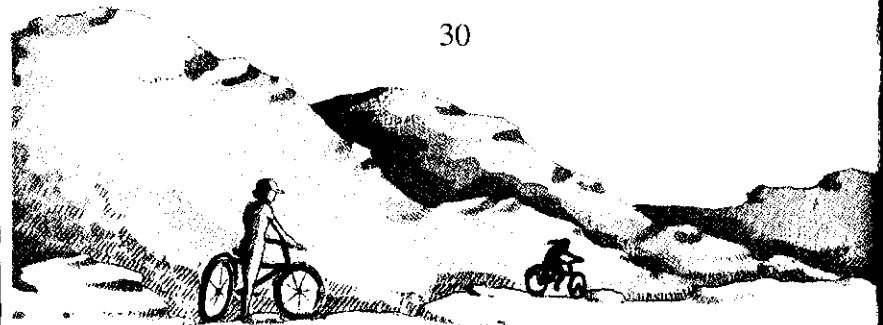
— ¡Pero si era real, Laura! ¡El viejo era real!

Laura no contestó, permanecía con el cuerpo inclinado y, manos en las rodillas, respirando acelerada. Emilia continuó:

— Me parece que tu amigo Ramón nos debe un par de explicaciones, debíamos ir a verlo.

Tomaron un par de bicicletas del hotel y partieron pedaleando a un poblado cerca de Pukará de Quito. Ahí vivía Ramón con su abuelo. Era un caserío al que les tomó un par de horas monstruosas llegar, pues el calor del desierto se dejaba sentir con la pesadez de una muralla de concreto. Al poco rato se bebieron toda el agua de sus cantimploras, y cuando pensaban en volver al hotel distinguieron un conjunto de techos.

La entrada al pueblo estaba recortada por



unos pimientos que, como gigantes batiendo sus brazos, les brindaron sombra y una refrescante brisa que las acompañó hasta la puerta de la casa.

Tocaron con firmeza. Al segundo golpe les abrió un niño pequeño, o así le pareció a Emilia, con una sonrisa tan amplia como un abanico.

— ¡Laura! — exclamó.

Era Ramón. Emilia no se lo había imaginado tan pequeño.

— Te presento a mi prima Emilia — dijo Laura.

Ramón le extendió una mano pequeña y transpirada. Recién entonces la niña notó la viveza de sus ojos, como si en ellos habitara un duende.

Las hizo pasar a un pasillo de tierra alargado sin más muebles que una silla, en él desembocaban una serie de puertas que estaban cerradas.

— ¡No sabes lo que nos pasó! — comenzó a decir Laura.

— ¿Qué? — preguntó Ramón.

A tropezones, Laura le contó sobre la visita que hicieron al museo, la momia bella en la que Tristán trabaja esperando encontrar respuestas. Ramón la escuchaba atento, pero Laura no alcanzó a terminar, pues una voz quejumbrosa se escuchó del otro lado de alguna puerta.



— ¡Uf! Mi abuelo se despertó. ¿Quieren acompañarme? Le encantan las visitas.

Detrás de una de las puertas se encontraba el dormitorio del abuelo, un hombrecito encogido por los años y la artrosis descansaba sobre un sillón. La pieza estaba a oscuras, hacía calor, un calor húmedo producto del encierro.

— ¡Deberías abrir las ventanas! — susurró Laura a Ramón.

— No le gusta — contestó el niño, mirando al anciano. Alzando la voz dijo:

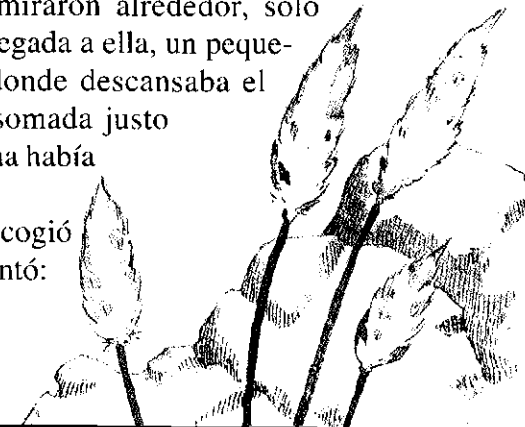
— ¡Abuelo, tenemos visita!

Emilia saludó al viejo en susurros, pues se le ocurrió que, además de la luz de la calle, le molestaban los sonidos. El anciano respondió con una carraspera.

— ¡Siéntense! — las invitó Ramón.

Las niñas miraron alrededor, sólo había una cama y, pegada a ella, un pequeño piso, el sillón donde descansaba el viejo, un baúl, y asomada justo por debajo de la cama había una pelela.

Laura se encogió de hombros y preguntó:



—¿Dónde?

—¡Ahí! —señaló el niño, apuntando a la cama.

Las niñas obedecieron.

Ramón retomó la conversación:

—Me estabas contando que salieron del museo y que las atacó un ventarrón. ¿Cómo así?

—Sé que suena extraño, pero es tal como te lo cuento; yo iba explicándole a Emilia lo importante que era mantener oculto el cementerio, cuando...

—Laura se interrumpió.

El anciano se había incorporado en el sillón, como si quisiera escuchar lo que ella decía.

—Continúa —pidió Ramón.

—Cuando...

El anciano levantó la cabeza y su cara se mostró clarísima, como un óvalo curtido por el sol y con unos ojos pequeños pero intensos, como gemas azules clavadas en un muñeco de trapo.

Las niñas lo reconocieron de inmediato y ahogaron un grito de terror. Mientras se levantaba una, se sentaba la otra, cuando por fin lograron ponerse de pie, como si estuviesen amarradas por una cuerda, salieron de la pieza haciendo reverencias y emitiendo sonidos guturales incomprensibles para Ramón.

El niño, confundido, salió detrás de ellas.

—¿Qué mosca les picó? —preguntó.

—Tu, tu, tu... —Laura sentía que le faltaba el aire.

—¿Mi, mi, mi, qué? —preguntó Ramón.

—Tu abuelo es el anciano que vimos en el

pueblo —replicó Emilia—, el hombre que desapareció volatilizado.

—¡Imposible! Yo estuve toda la mañana aquí y él no se ha movido.

—E... e... e... era él —tartamudeó Laura.

—Era él —aseguró Emilia con voz imperativa.

—...

Se produjo un silencio. Ramón meditaba confundido. Comenzó a decir:

—Pero ustedes no se lo contarán a nadie...

Emilia notó que Ramón no les hablaba con esa voz amable y ladina con que las recibió, sino seria y apremiante.

—Por lo demás —continuó—, ¿quién les creería que vieron en la calle a un viejo que está inválido?

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Laura—. Me estás dando miedo.

—Sí, explícate mejor —pidió Emilia.

El niño se encogió de hombros y les hizo señas para que lo siguieran hasta la cocina. El lugar era pequeño y oscuro y, al igual que el resto de la casa, tenía todas sus ventanas cerradas.

Ramón comenzó:

—¿Están seguras de que el anciano era mi abuelo?

—Completamente —contestaron las niñas al unísono.

—¿Qué raro! Es que mi abuelo es un hombre sabio, eso lo sabe el pueblo. De hecho, es el mejor chamán que hemos tenido en años, pero ese ejercicio de traslación del que hablan... no sabía que pudiera hacerlo.

—¿Ejercicio de «traslación»? —preguntó Emilia.

—Mis padres dicen que antes de caer enfermo, mi abuelo podía trasladarse, estar en un lugar físicamente hablando, pero separado de su espíritu. Su alma volaba a otros lugares en donde era capaz de encarnarse como *el que sopla entre los árboles*.

—¿Estás hablando en serio? —replicó Laura.

—Si dicen que lo vieron es porque mi abuelo todavía puede ir donde quiera tan liviano como una hoja, pues su espíritu, conducido por el alma del viento blanco, o *huaira yurac*⁷, puede estar en varios lugares a la vez. Eso dice mi papá.

—Mira, Ramón, no me vengas con esos cuentos, queremos que nos digas la verdad —exigió Laura.

—¡Esa es la única verdad!, se lo prometo, aunque suene extraño. Mi abuelo debe saber que el cementerio está en peligro y ha invocado los poderes del *huaira yurac*.

—O sea, que no podremos ayudarte —concluyó la niña.

Ramón les hizo señas para que se acercaran y bajó la voz para decir:

—No, Laura. Quiere decir que tenemos que apurarnos, porque *ellos* tienen que haberle advertido a mi abuelo y, ahora, si se enteran de que he hablado, me castigarán.

—¿Ellos? ¿Quiénes? —preguntó Emilia.

⁷ Viento blanco en quechua. No es extraño que los atacameños utilicen vocablos quechua, pues se sabe que llegaron a ser cuatrilingües. Dominaron el kunza, su lengua original, además del aymará, quechua y castellano.

—Los tata-abuelos⁸ —respondió Ramón en un momento.

—¿Los tata-qué? —repitió Laura.

—¡Tata-abuelos! Espíritus que velan por nosotros; si *ellos* llegan a saber, será el final.

—¡Oye! Esto parece un cuento de locos, ¿estás seguro que podremos ayudarte? —preguntó Emilia.

—Tienen que hacerlo, y ¡rápido! Después será demasiado tarde.

⁸ Espíritu de los antepasados en la cultura atacameña.

La cruzada de Tristán



Tristán seguía trabajando en la momia con la paciencia y dedicación de un artesano. Había recibido los resultados de los exámenes y confirmaban parte de lo que él suponía. Las pruebas de ADN demostraban que se trataba de una mujer de linaje inca, pues su genotipo correspondía ciento por ciento al de la estirpe real de los incas del Perú. La data de su muerte, fechada alrededor de 1475, indicaba que llegó a Chile probablemente junto a las primeras expediciones que el *Tawantinsuyu* envió hacia acá, dirigidas por el inca Tupac Yupanqui. Pero, independiente de la razón que la trajo hasta este territorio, especuló Tristán, su presencia confirmaba la hipótesis que él amasaba hacía años, y era que escondido en algún lugar de la montaña existía un cementerio inca. Un lugar similar a la *pascana* utilizada para enterrar los restos de la princesa, pero más grande. Un cementerio con todas sus letras, con varias bóvedas mortuorias y un millón de tesoros escondidos por siglos. Un lugar que, al resguardo de los saqueadores de tumbas, atesoraba la desconocida historia de la ocupación inca de Chile.

Tanto era su entusiasmo que le hablaba al cuerpo de la momia como si fuera a contestar. Se

acercó hasta quedar de frente con la cuenca de sus ojos vacíos y le dijo:

— Pronto encontraremos el cementerio, lo sé.

Tristán se sentía lleno de coraje. La única pregunta sin resolver, pensó entusiasmado, era por qué la habrían enterrado sola. Tomó de la mesa una de las fotografías de las inscripciones en la piedra y las leyó en voz alta:

Alto, viajero, aquí yace la princesa Anca Macapac.

¿Qué querían decir esas palabras?, se preguntó. Claramente era una advertencia, ¿pero cuál sería la amenaza por haberla desenterrado? ¿Qué secreto resguardaba aquella momia?, se preguntó.

— ¿Me dirás la verdad? — interrogó a la momia.

La respuesta fue el mismo silencio que inundaba la sala.

Tristán siguió elucubrando. La llegada de los incas al territorio chileno hizo que la construcción de un cementerio fuese una necesidad imperiosa, porque era impensable que los incas volvieran al imperio cargando a sus muertos por los escarpados senderos de la cordillera de los Andes, imaginó.

En eso estaba cuando miró la hora en el reloj que colgaba de la pared de la sala.

— Llegaré atrasado — se lamentó y se levantó de un salto. Tomó su mochila, apagó las luces del museo y se fue al Hotel Sequitor. Ahí lo esperaban Felipe y Paula.

— ¡Qué bueno verte, compadre! — lo saludó Felipe —, estábamos esperándote para sentarnos a comer.

Tristán saludó con un beso a Paula y se sentó en la mesa a un costado de Ramón, que también estaba invitado esa noche.

— Estoy a centímetros del cementerio, tan cerca que podría tocarlo — dijo en medio de la cena — tal como toco a este amigo — agregó, agarrándole el hombro a Ramón.

Laura y Emilia se atoraron. Esta última intentó cambiar de tema.

— Cuéntame de la momia, ¿ya sabes su edad exacta? — preguntaron.

Pero Tristán no contestó, siguió divagando, como si hablara solo.

— Cuando esté adentro del cementerio recorreré sus bóvedas, introduciré mis manos en sus sarcófagos y podré acariciar el tejido de sus ropas, oler el aroma de su encierro y no me cansaré de verlos y admirarlos, porque estarán ahí como un testimonio tangible de que no estaba equivocado, de que esa enorme cordillera que nos rodea esconde un pasado infinito, atascado sin tiempo, tal vez, pero a la espera de ser develado...

Laura, Emilia y Ramón se miraron de reojo. La intensidad de Tristán los abrumó. Parecía tan decidido a encontrar el cementerio...

— Ya verán. En dos, tres o a lo sumo seis meses más, estaré inventariando el número de momias y objetos que habré encontrado, y entonces habré alcanzado la cumbre de mi carrera. ¿Te das cuenta, Felipe? — dijo exaltado.

— Me parece, mi querido amigo, que pecas de entusiasmo — le advirtió el padre de Laura, inten-

tando bajar el tono de Tristán, que a esas alturas ya casi gritaba.

Y continuó:

—Que aquella mujer vino acompañada dalo por sentado, pero de ahí a concluir que el cementerio existe realmente, lo dudo. ¡Recuerda cuánto lo buscamos, Tristán! Todos esos años en que aplanamos los cerros buscando algún indicio del cementerio.

—Pero ahora es diferente, amigo, lo presiento — intentó defenderse Tristán.

—¡Espejismo! ¡Puro espejismo! Además, si lo piensas bien, la ocupación inca en nuestro territorio fue bastante nominal; es decir, los atacameños siguieron viviendo como si nada.

—¡Precisamente!, de eso estoy hablando. El cementerio dará cuenta de una historia desconocida para Chile. La historia de la ocupación inca en nuestro territorio.



Ramón, interrumpiendo la charla, dijo tímidamente:

—Mi abuelo decía que cerca del salar Incahuasi existía un cementerio.

Emilia le dio una patada por debajo de la mesa. ¿Qué se suponía que estaba haciendo?

En tanto, Tristán pareció caer de vuelta a la tierra, acomodó su enorme cuerpazo en la silla y quedó mirando de frente a Ramón. Sus ojos azules alcanzaban una intensidad demencial y sus mechones eléctricos de pelo rubio parecían verdaderas lanzas.

—¿Tu abuelo? — preguntó—. ¿Y dónde está tu abuelo?

—Está enfermo — se excusó el niño.

—Pero, ¡hombre!, pensé que ya lo habrías



conocido — interrumpió Felipe—. El abuelo de Ramón es un viejo sabio, un chamán. ¿Nunca oíste hablar de él?

Tristán se encogió de hombros. Nunca lo había visto, reconoció. Las niñas intercambiaban una serie de muecas. ¿Qué se proponía Ramón?

Tristán preguntó:

—¿Y tu abuelo intentó buscarlo alguna vez?

—No, nunca, porque nuestros espíritus resguardan la entrada y caerían sobre el que intente profanarlo.

—¡Es el mismo! ¡No hay dudas! ¡Es el cementerio que yo busco! ¡El mismo! —exclamó Tristán, al tiempo que de un salto se levantó. Parecía un coloso dando zancadas alrededor de la mesa, murmurando un monólogo interminable.

De pronto gritó:

—¡Por fin! ¡Lo encontré! —y se largó a reír enardecido.

El padre de Laura también se levantó y, con una voz autoritaria, dijo:

—Tristán, ¡por el amor de Dios!, ¡cálmate! ¿Cómo no te das cuenta que es la misma leyenda de siempre? Que el cementerio, que sus tesoros, que el secreto de la montaña, ¡lo mismo! ¡Ese cementerio no existe! ¡Convéncete de una vez!

Por un momento Tristán pareció entrar en razón. Se dejó caer en la silla con la cabeza gacha y las manos colgándole por los costados. Sus mechones-lanzas de pelo rubio le cubrían la cara. Parecía un gigante derrotado.

En el comedor se produjo un silencio mortal, nadie se atrevía a abrir la boca. Las niñas, menos que

nadie. Emilia esperaba con ansias el momento en que pudiera levantarse de la mesa para preguntarle a Ramón qué era lo que se traía entre manos.

Por fin, Tristán levantó la cabeza y suspiró.

—Perdóñenme, estos días he trabajado sin descanso. Ni siquiera he dormido, así es que con su permiso —dijo, levantándose de la silla, y se retiró.

Una vez que se marchó, la madre de Laura le reprochó a Felipe:

—¡Y tenías que desanimarlo de esa manera!

—¡Ay, Paula!, no te pongas así, tú sabes que yo también participé de esa locura por el cementerio inca —dijo, impostando una voz tenebrosa—, pero a todos nos llega la hora de madurar y sentar cabeza y ¡qué sé yo! Lo que me enerva es pensar que mi amigo perderá la vida buscándolo.

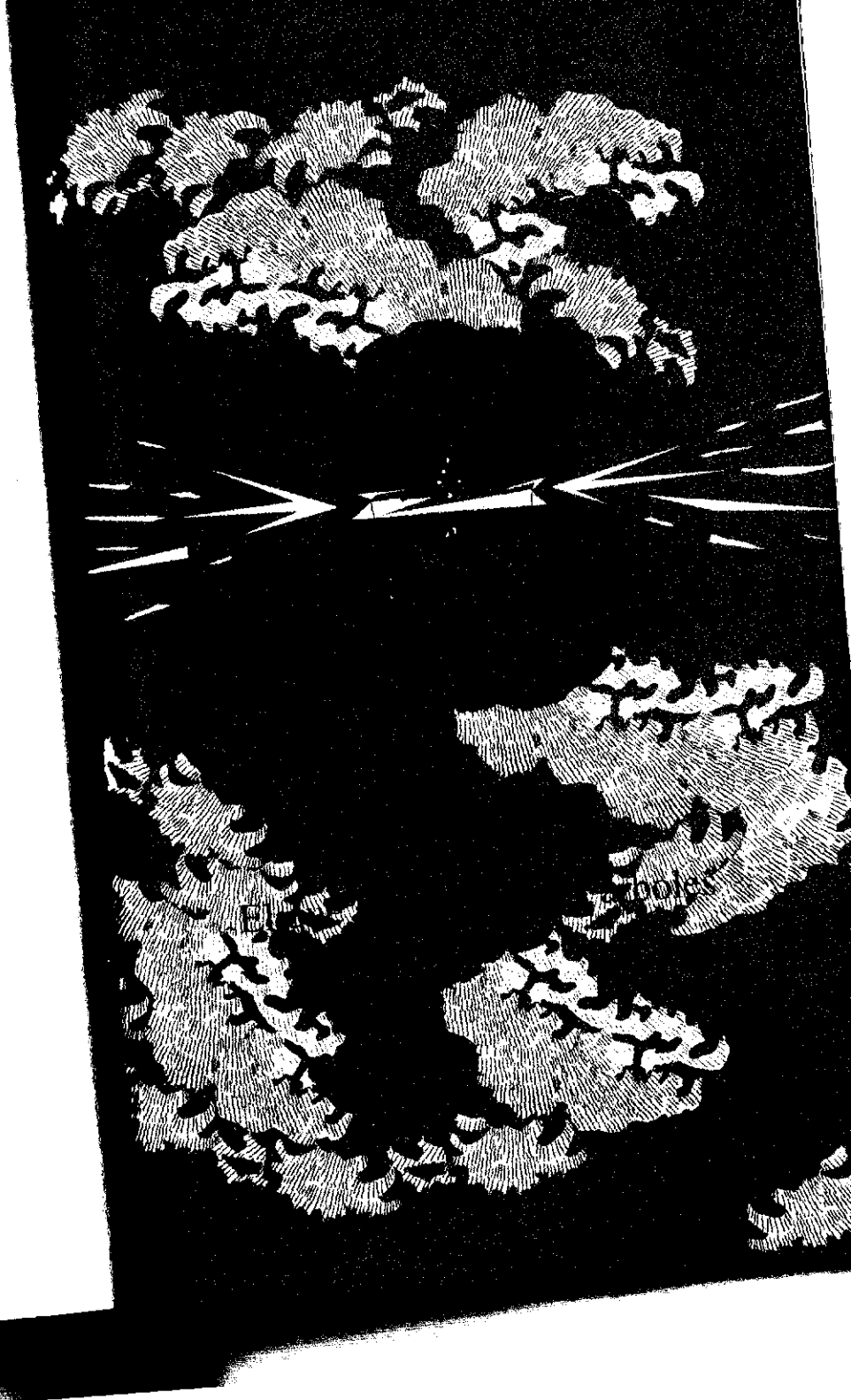
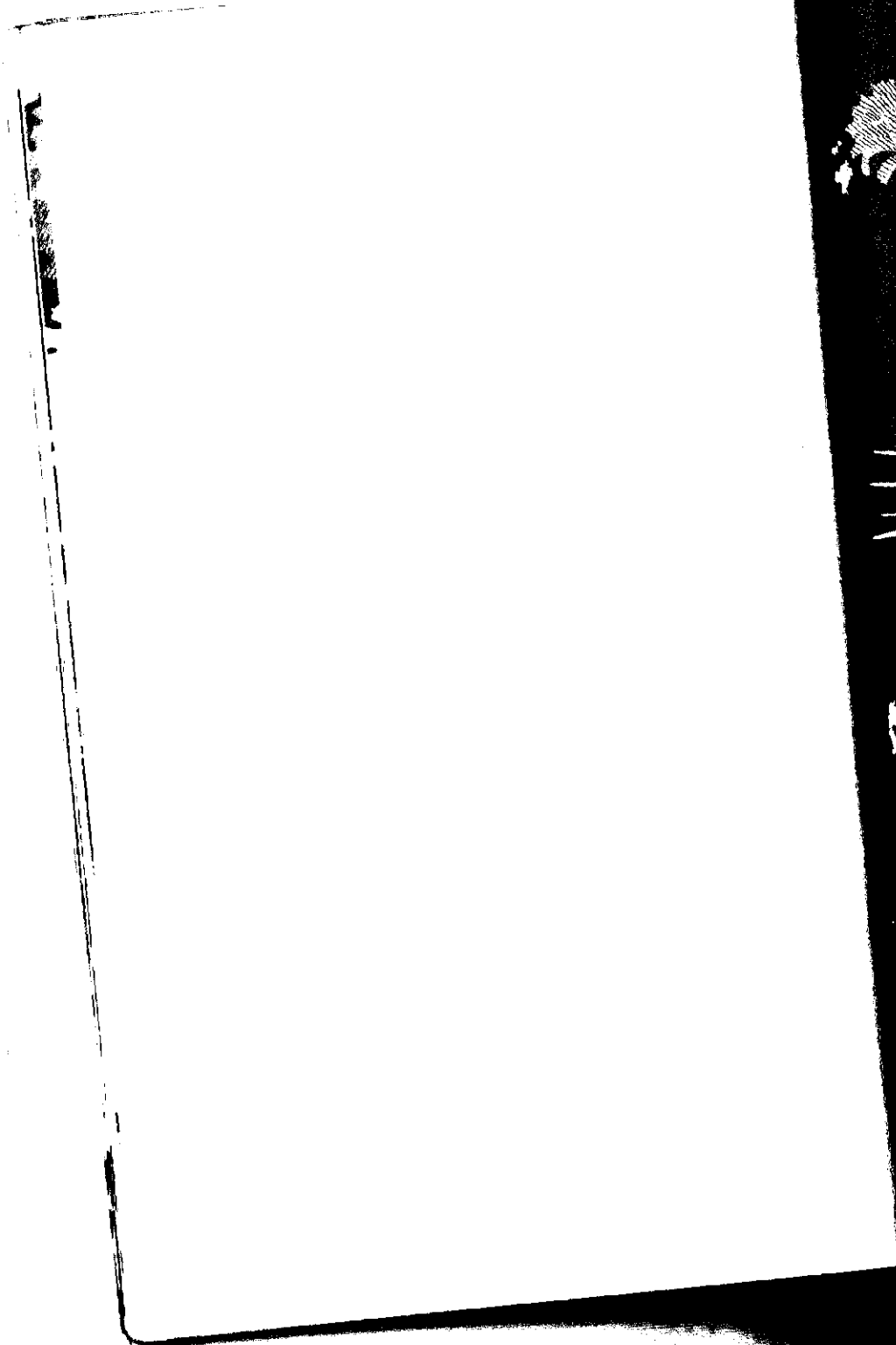
—¿Y qué más te da?

—¡Por supuesto que me importa! Tristán no sólo es uno de los mejores arqueólogos que ha tenido el museo, sino que es mi mejor amigo y no me gusta verlo así.

Cuando los padres de Laura se marcharon, las niñas se abalanzaron sobre Ramón:

—¿Te volviste loco? ¿Por qué le dijiste lo del cementerio? —le preguntaron.

Lo que se proponía Ramón era enviar a Tristán detrás de una pista falsa. En otras palabras, alejarlo de San Pedro buscando el cementerio donde no estaba, así ellos ganarían tiempo. Porque tiempo era lo que necesitaban en esos momentos.



El plan imperfecto

Para asegurarse de que Tristán fuera al Incahuasi, decidieron espíarlo. Acordaron que al día siguiente, Laura y Emilia volverían al museo y permanecerían junto a Tristán para escuchar sus planes. Mientras tanto, Ramón iría hasta la casa de su abuelo y tomaría prestado un par de objetos que guardaba desde que era el chamán del pueblo y hacía todo tipo de ceremonias. El plan era decir que esos objetos venían del Incahuasi como prueba irrefutable de que el cementerio se encontraba ahí.

Se despidieron deseándose suerte. Ramón tomó su bicicleta y salió. La noche estaba despejada, hacía frío, como suele suceder a esas horas en el desierto, así es que aceleró. Dobló al llegar a la esquina y se apuró un poco más, pero un enorme brazo lo detuvo en seco, perdió el equilibrio y hubiese caído si no es porque ese mismo brazo lo sostuvo en el aire. Su bicicleta, en cambio, cayó al suelo con estruendo. Un poco aturdido, Ramón miró hacia la calle, su bicicleta estaba desparramada y sin cadena. Tímidamente dirigió su mirada al brazo, hacia ese cuerpo enorme que lo sostenía, y se topó con los ojos penetrantes de Tristán. Tenía la mirada de un loco. El niño inten-

tó zafarse dando patadas en el aire, pero Tristán lo calmó:

— ¡Ey!, no pretendo hacerte daño.

— ¿Po-po-po-dría sol-ta-tarme? — tartamudeó el niño.

— Ok, pero prométeme que no saldrás corriendo — pidió Tristán.

Ramón asintió. Sentía su corazón saltando enloquecido.

— ¿Qué... qué... qué es lo que qui-qui-eres? — volvió a tartamudear.

— Que me cuentes con detalles lo que dijo tu abuelo sobre el cementerio inca — respondió Tristán, y acercó sus ojos de loco de manera que quedó a centímetros de Ramón. El niño podía sentir su respiración acelerada y eso le dio miedo.

— Es que no dijo mucho más — se excusó Ramón, apoyando el cuerpo contra el muro de una casa.

— ¿Nombró el sector del Incahuasi donde podría estar escondido?

— Ah... creo que le oí que había que buscar en la montaña *del hombre que descansa* — mintió Ramón —, en medio de sus relieves se encontraba la *pedra sagrada que abrirá las puertas al forastero*, o algo así — volvió a mentir.

— ¿La montaña del hombre que descansa y la piedra sagrada, dijiste?

— Ajá — confirmó el niño.

— Hum, ¡qué extraño!, no me suenan para nada... — dijo Tristán pensativo.

— ¿Me puedo ir ahora? — preguntó Ramón.

— ¡Espera! ¿Tu abuelo te contó qué tipo de cementerio era? Es decir, quiénes estaban enterrados ahí.

— No.

— No, claro que no, ¿cómo podría saberlo? ¡Imposible! — Tristán volvía a hablar solo.

— Me quiero ir a mi casa — suplicó Ramón.

— Sí, sí, yo te acompaño — le ofreció y cargó la bicicleta sobre sus hombros y partió caminando.

Ramón iba a su lado encogido por la vergüenza que sentía de decir tantas mentiras, pero Tristán no preguntó nada más. Todo lo contrario, le contó con detalles la expedición que pretendía realizar al Incahuasi, los hombres que lo acompañarían, qué instrumentos llevaría para remover con cuidado las piezas que encontrara.

— En dos meses estaré listo para partir — dijo.

— ¿Dos meses? ¡Pero es demasiado!... — exclamó Ramón.

— Es lo mínimo. No puedo arriesgarme a que la expedición fracase.

— Podrías hacer una avanzada de reconocimiento — sugirió el niño, intentando salvar su propio plan —. ¿Porque qué pasará si no encuentras nada?

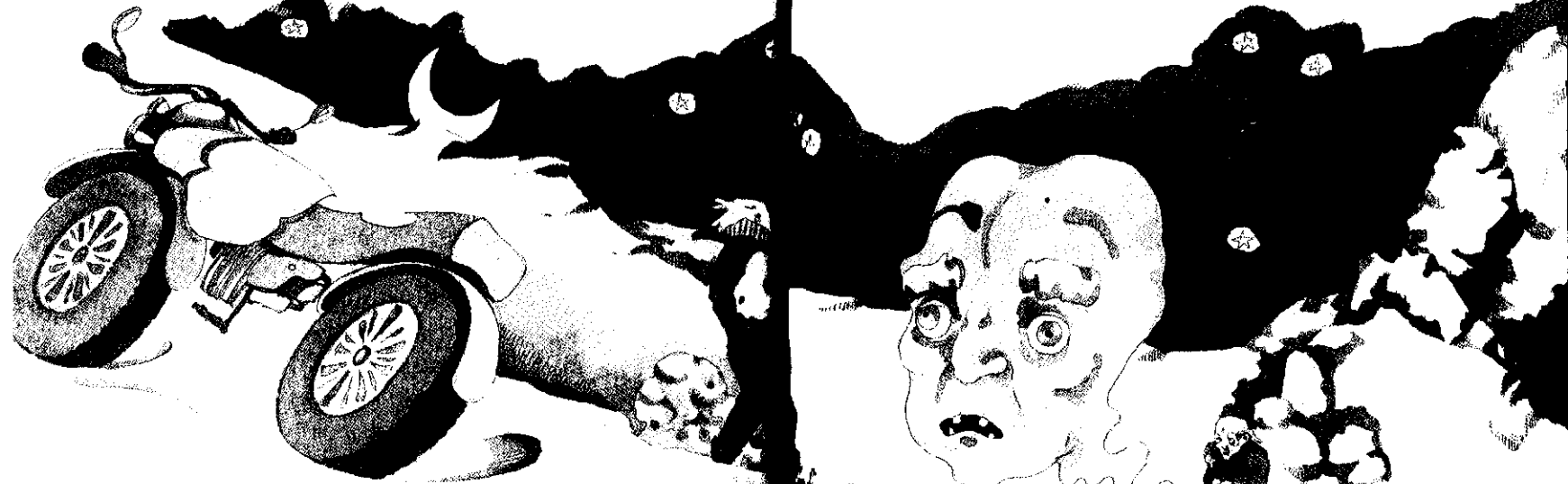
— Lo encontraré, estoy seguro — afirmó Tristán.

— ...

— Todos lo han olvidado, pero yo no.

Tristán hizo una pausa. Miró a Ramón con sus ojos de azul rabioso. El niño no entendía de qué estaba hablando.

— Sucedió una tarde. Veníamos con Felipe de un rally en moto por las dunas del valle de la Muerte, cuando de repente vi algo entre las rocas. Desaceleré, volví hacia atrás, pero no había nada, así es que seguí. Al rato



nuevamente me pareció ver a alguien entre las rocas, y esa vez frené en seco. Estacioné la moto y caminé hasta el lugar. Efectivamente, un anciano chuñusco me miraba de frente. Sus ojos eran impactantes, en serio, te miraban de una manera que te traspasaban, tanto que me dio susto, pero aun así me animé a preguntarle qué era lo que hacía ahí. El viejo no contestó. Se llevó el dedo índice a la boca y me indicó que me callara. No sé por qué sentí que alguien nos espiaba y miré hacia todos lados, pero entre medio de esas piedras no había nadie más que el viejo y yo. El hombre se levantó y eso fue lo más extraño, porque su cuerpo no tenía consistencia, ¿me entiendes?

Ramón negó con la cabeza. Tristán continuó:

—Era de viento. No, no pongas esa cara, niño, te digo la pura y santa verdad, el anciano no tenía volumen, era como si flotara en una nube de aire. Y fue cuando me contó lo del cementerio. Dijo textual: *Buscarás un cementerio entre los faldeos de las montañas. Yo me quedé de una pieza. ¿Qué onda? Y le pregunté de qué rayos estaba hablando. Él no me contestó, solo dijo: El rastro de los incas guarda un secreto para esta tierra, tú has sido escogido, eres el*



encargado. Y luego vino un ventarrón y el viejo desapareció sin decir nada más.

Tristán se acomodó la bicicleta que llevaba sobre los hombros y continuó:

—Con los años entendí que mi misión era descubrir el cementerio.

Cuando llegaron a la casa de Ramón, Tristán puso la bicicleta en el suelo y le arregló la cadena, hizo rodar el pedal y al comprobar que giraba perfectamente, se la devolvió a Ramón.

—¡Gracias! Y perdóname el susto que te hice pasar.

Ramón se encogió de hombros, Tristán era un hombre bueno.

¿Despojos de un cementerio?



Al día siguiente las niñas llegaron temprano al museo. Ahí estaba Tristán, más tranquilo que la noche anterior, pero intenso, abarcando la sala del laboratorio a grandes zancadas. Había congregado a su grupo de investigadores que lo escuchaban divagar. Las niñas pidieron permiso y se sentaron.

—¿Qué sucede? —preguntó Emilia a una arqueóloga a su lado.

La mujer respondió en susurro:

—Tristán tiene una nueva pista del cementerio... —dijo.

Emilia sonrió. La voz de Tristán tronó en la sala:

—¡Espero sus informes la próxima semana —y, dirigiéndose a un hombrecito delgado que se encontraba en un rincón, le exigió—: Jaime, no te olvides de que quiero un mapa detallado del sector del Incahuasi; ojo, que incluya los nombres que antiguamente le daban a cada lugar, ¿ok?

El hombre flaco de anteojos asintió.

La gente comenzaba a dispersarse cuando Ramón entró en la sala. Tristán avanzó entre la gente para saludarlo.

—¿Cómo estás? —le preguntó.

—Bien —respondió Ramón junto con extender su mochila sobre la mesa y sacar algo parecido a un copón, pero de madera—. Encontré esto en mi casa... —dijo.

—¡Un *huaco*⁹! —exclamó Tristán.

—Es de mi abuelo —contestó el niño—. Hace un tiempo atrás lo encontré en el Incahuasi...

Tristán tenía la pieza entre sus manos y la observaba de un lado y otro.

—¿Tu abuelo sabe que lo has traído?

—No, pero quería mostrártelo, aunque tengo que devolverlo —se excusó el niño.

—¡Ajá!, y dices que lo sacó del Incahuasi. Lo cual confirma que el cementerio debe estar en esa zona, pues los *huacos* son tradicionales en las sepulturas incas. ¿Sabías?

El niño negó con la cabeza.

Algunos investigadores se acercaron a Tristán y pidieron el *huaco* para observarlo, se lo pasaban de mano en mano comentando los dibujos que tenía pintados, mientras Tristán permanecía abrazado a Ramón, se veía emocionado cuando exclamó con voz tronadora:

—¡Señores! ¡Gracias a nuestro amigo tenemos una prueba innegable de que el cementerio existe!

Emilia miró a Ramón con espanto. ¡Qué mal se sentía el engaño! Es decir, ayudar a Laura y Ramón a esconder el cementerio, desde el principio le pareció

⁹ Pieza cerámica de factura delicada y de características estéticas notables producida en Sudamérica. Los wari fueron unos de los mejores trabajadores de huacos, junto a los nazcas y los mochicas, pero los incas, que absorbieron todas las culturas existentes en la época de su expansión, también los trabajaron antes del siglo XVI.



una empresa arriesgada pero inofensiva; en cambio, mentir era como alimentar a un animal oscuro y traidor que los conducía por caminos ingratos. Decidió hablar con Laura.

—Quiero decirte algo, prima —le pidió.

—¿Qué te pasa? —preguntó Laura.

—Es algo importante —confesó Emilia.

Salieron del museo y se sentaron bajo la sombra de un pimiento de la plaza. Ramón las acompañó.

—Creo que cometemos un error —dijo Emilia.

—¿Qué te pasa! ¿Quieres echarte para atrás ahora? —sentenció Laura.

—No, no es eso, es que tengo un mal presentimiento —contestó la niña.

—¡Ay, Emilia!, no seas pájaro de mal agüero —exclamó Laura.

Ramón intervino:

—Le encuentro razón a Emilia —dijo.

—Ah, ¿ustedes se pusieron de acuerdo para estar en contra mía? —preguntó Laura con rabia.

—Nada de eso, prima.

Y Ramón agregó:

—Pienso que Tristán se equivocó y nosotros también; es decir, malinterpretamos todo.

—¿Qué me quieres decir? —preguntó Laura.

Pero en esos momentos Tristán se acercó a ellos y tuvieron que interrumpir la charla.

—Ramón, ¡qué bueno que te encontré!, quería pedirte un último favor; en serio, será el último —dijo cuando estuvo frente a ellos.

—...

—¿Sabes si tu abuelo tiene otros objetos encontrados cerca del cementerio?, algo que te haya llamado la atención, tal vez.

El niño miró a Tristán y asintió en silencio.

—¿Y crees que podrías prestármelo para hacerle algunas pruebas en el museo? Te lo devolveré lo antes posible.

—Mmm —respondió Ramón.

Entonces, Tristán miró a los tres y le pareció que algo extraño pasaba ahí:

—¿Les pasa algo? —preguntó.

—No, nada —contestó Ramón cabizbajo.

—¿Están seguros?

—Sí —balbuceó el niño. Entonces se despidió de ellos y volvió al museo a tranco largo. Cuando lo vio desaparecer, Emilia se volvió hacia Ramón:

—¿Por qué crees que estamos equivocados?

Entonces, Ramón les contó la conversación que tuvo en la noche con Tristán. El misterioso anciano que se le apareció en el valle de la Muerte y la certeza de que se trataba de su abuelo.

—¿Por qué estás tan seguro? —quiso saber Emilia.

—Porque no existe otro chamán en el pueblo capaz de *trasladarse como el que se mueve entre los árboles*.

—Eso es muy extraño. ¿Por qué tu abuelo quería que descubriera el secreto de la montaña? —replicó Laura.

—Ese es el punto. Ahí es donde nos equivocamos todos, creo que mi abuelo le pidió que lo protegiera, no que lo descubriera, ¿se dan cuenta? Cuan-

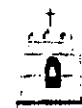
do se le apareció le dijo: *El rastro de los incas guarda un secreto para esta tierra, tú eres el escogido, el encargado.*

—Entonces no tiene ningún sentido seguir engañando a Tristán —acotó Emilia.

—Lo sé, pero antes de contárselo todo tenemos que estar seguros, y para eso tendremos que ir hasta el Pukará de Quito.

VIII

Lo que estaba escrito



Los niños llegaron a la casa del abuelo en el Pukará de Quito a mediodía. La casa tenía la misma oscuridad de siempre, el mismo olor a encierro, el mismo vaho húmedo suspendido entre sus murallas. Laura respiró hondo.

—Este lugar no me gusta para nada.

Se encontraban en el pasillo de la entrada y, aparte de una gotera que resonaba en la cocina, el lugar estaba en silencio. El abuelo, como siempre, dormía en el sillón de su pieza. Ramón entró, se acercó a él y le sopló la cara, el viejo carraspeó. Las niñas dieron un salto y quedaron apoyadas a la pared.

Ramón les hizo señas:

—No pasa nada, está completamente dormido —dijo.

Tímidamente, Laura y Emilia se aproximaron.

Debían sacar el baúl que estaba al costado de la cama, pues, según Ramón, ahí encontrarían las pistas. Sin embargo, el viejo tenía una mano sobre él. Caía desgana y floja, pero cuando Ramón intentó moverla, el anciano despertó. Las niñas rápidamente se escondieron debajo de la cama, al lado de la peleta. Laura miró con asco el recipiente ennegrecido y le susurró a Emilia:

—Por esto no me gusta este lugar.

—¡Chist! —su prima la hizo callar.

Escucharon la voz del anciano:

—Ahhhh, Ramón, eres tú —dijo con pereza.

—Ya, ya, descanse —contestó Ramón, mientras lo acomodó en el sillón y le arregló el chal que tenía sobre las rodillas.

Esperó un rato, volvió a soplarle la cara y como no se despertó llamó a Laura y Emilia. Sólo entonces se dio cuenta de que ellas estaban debajo de la cama.

—¡Salgan de ahí! Tenemos que mover el baúl antes de que se despierte otra vez —les ordenó.

Laura se apuró en salir, feliz de dejar atrás la pelela, pero mirando con desconfianza la cara del anciano. Ramón tomó la mano de su abuelo y la levantó, mientras las niñas agarraron el baúl con firmeza. Pesaba, pero no tanto como habían imaginado. Lo trasladaron hasta el living y lo depositaron en el suelo. Al rato llegó Ramón y se encucilló frente al baúl, las niñas lo imitaron. Tenían que abrirlo, pero nadie se animaba a hacerlo.

—Espero que sea mentira... —dijo Ramón.

—¿Mentira? —preguntó Laura.

—Es que mi abuelo decía que su baúl estaba embrujado, y que una vez abierto no habría retorno.

—¡Ramón!, pero cómo no nos advertiste antes —le reprochó Emilia.

—Porque pensé que les daría miedo acompañarme.

—Somos tus amigas, sabes que no te dejaremos solo, no más secretos, ¿ya? —pidió Laura.

—Está bien.

Pusieron las manos sobre la tapa y contaron:

—A la una, a las dos y a las tres —entonces, la levantaron.

La cubierta cedió, escucharon un silbido fuerte, como cuando el aire se cuele por la ranura de una puerta. Parecía cosa de las películas, pero el baúl comenzó a silbar. Luego, ante la mirada atónita de los niños, se elevó. El baúl se encumbró como si fuera un volantín. Cuando estaba a la altura de sus ojos, casi por instinto, los niños le pusieron las manos encima, pero el baúl presionaba por subir y ellos tuvieron que hacer aplomo de todas sus fuerzas para mantenerlo cerca del suelo. Al rato, el baúl perdió fuerza y cayó al piso con estruendo.

Los niños no alcanzaron a atinar a nada, vieron que la tapa se desprendió y se desintegró en el techo. Un aire enrarecido inundó la sala, como aquel que sale por las alcantarillas. Luego, un humo gris y denso como la gelatina invadió el lugar. Aunque estaban muy cerca unos de otros, no lograban verse. A tientas, Emilia buscó a su prima Laura. Se abrazaron y permanecieron así mientras la nube gris las envolvió. De pronto comenzaron a escuchar un silbido. La nube, al igual que el baúl, silbaba estridente, y a medida que aumentaba el sonido se iba haciendo más clara. Los niños vieron como esa masa se separaba en unas lanzas blanco-gris que zumbaban sobrevolando la sala hasta amontonarse sobre lo que quedaba del baúl. Los niños agacharon sus cabezas para evitar que los golpearan, y entonces comenzó una lluvia de papeles. Miles de miles de papeles cayeron del cielo.



Laura, Emilia y Ramón intentaron agarrarlos, saltando de un lado a otro, pero eran tantos, tantos miles los que caían. Por fin, Emilia logró atrapar uno y leyó en voz alta:

*La montaña atesora aquello que los hombres
anhelan.*

*El que sopla entre los árboles volará,
como las hojas de otoño,
se elevará.*

*Lejos,
donde los que vinieron antes
reposan en eterno sueño.*

*No habrá retorno mientras las montañas
teman*

*y el que fue escogido para velar por ello
ocupe su lugar en la historia.*

Cuando pronunció la última palabra y como por obra de magia, la lluvia de papeles cesó y el humo se dispersó. Los niños miraron alrededor; excepto por la cantidad de hojas que alfombraban el suelo, todo seguía igual. Se asomaron a mirar dentro del baúl, pero estaba vacío. La desilusión de los tres fue suprema. Se dejaron caer al suelo sin saber qué decir ni pensar.

Laura recogió otro papel y leyó:

*La montaña atesora aquello que los hombres
anhelan. El que sopla entre los árboles volará...*

—Es lo mismo... —dijo Emilia.

Se miraron extrañados. Tomaron otro y otro y otro, y todos los papeles llevaban escritas las mismas palabras.

—¿Qué onda? —preguntó Laura.

—Es lo que me temía —dijo Ramón con tristeza—. El hechizo del baúl... mi abuelo ha desaparecido —anunció.

—¿Qué? —preguntó Laura.

Pero Ramón no contestó. Emilia se levantó de un salto y corrió hasta la pieza del anciano.

—¡Es verdad! ¡Se ha ido!

IX

En busca del que sopla
entre los árboles

La desaparición del abuelo se convirtió en una de esas noticias malditas, un rumor del que nadie se atrevió a hablar abiertamente, sino que en grupos pequeños y solapados. Cada vez que veían pasar a Ramón o a sus padres, la gente murmuraba maliciosa: *¿Dónde habrán metido al pobre anciano?, o ¿es que piensan que vamos a creer aquello que ha desaparecido solo? ¡El pobre estaba inválido! ¿Cómo podría haber salido de su pieza siquiera?* Así es que sospechaban de la familia. Del padre, de la madre, de Ramón. Sólo unos pocos recordaron lo que estaba escrito y temieron. Temieron por la montaña, pero también por San Pedro. Si era cierto aquello que contaba la leyenda, nadie se encontraba seguro en esa tierra.

Intuyendo la urgencia que requerían los hechos, los niños se concentraron en buscar las pistas que los condujeran al cementerio, aunque temían que fuera demasiado tarde. El problema era que tras la desaparición del abuelo, la familia de Ramón se había trasladado a vivir al pueblo. No querían permanecer en una casa embrujada, dijeron, y la clausuraron; pero los niños necesitaban volver ahí.

—La casa me está llamando, como si hubiese olvidado algo — les dijo a las niñas. Ellas pensaron que Ramón estaba un poco loco, pero se callaron, habían prometido acompañarlo hasta el final y así lo harían.

Decidieron ir de noche, el día después de la desaparición del abuelo. Laura y Emilia dijeron que comerían en la casa de Ramón, y éste, a su vez, pidió permiso para ir al hotel. Hacía muchísimo frío cuando tomaron las bicicletas rumbo hacia el Pukará de Quito. El camino estaba desolado y a lo lejos había un resplandor quieto, como si el sol no hubiese terminado de ponerse. Pedalearon en silencio.

Al llegar escondieron las bicicletas entre los arbustos de la entrada y cruzaron la reja que los condujo hacia el patio trasero. Forzaron puertas y ventanas, pero como un castillo medieval, la casa resistió sin ceder un centímetro.

—¿Qué hacemos? — preguntó Emilia.

— Volver al pueblo y traer un martillo o algo con que forzar las ventanas — respondió Laura.

—¿Laura! ¡No podemos volver a San Pedro! — exclamó Emilia.

— Esperaremos — dijo Ramón

—¿Aquí?

— Sí, aquí, algo ocurrirá, ya verán — respondió intrigante Ramón.

Pero pasó un rato y luego otro y las puertas y ventanas seguían igual de cerradas que siempre y nada había ocurrido. Así es que decidieron intentar por enfrente de la casa, pero cuando llegaron hasta la reja se dieron cuenta de que estaba tapiada con ramas y palos. ¡Los habían encerrado!

Laura se abalanzó sobre esa pared de ramas y comenzó a agitarla frenética, pero la muralla, en vez de aflojar, se cerró más y más.

— ¡Caímos en una trampa! — chilló.

— ¡Chist! — le dijo Emilia, tomándola por el hombro—, ¡mira!

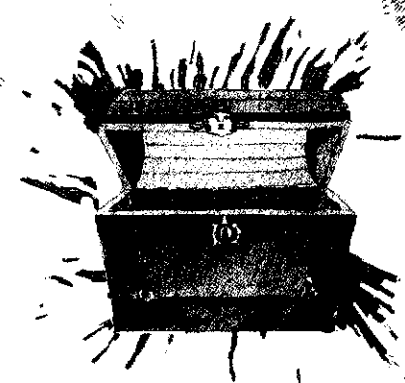
Un enorme nubarrón se formaba a sus espaldas.

Se abrazaron esperando lo peor. La nube los rodeó por completo, como un inmenso telón tridimensional, cambió de gris oscuro a claro, después a un blanco tan resplandeciente que les costaba mantener los ojos abiertos y, finalmente, a un pálido cielo que fue formando imágenes, una tras otra. Apareció una montaña al fondo, toda azulada y verdosa; luego, unas rocas salinas, que dejaban ver un camino que conducía hasta la *pasana* donde había sido encontrada la momia del salar de Tara. Emilia vio grabadas en una piedra las inscripciones que Laura le había contado y que decían: *Alto, viajero, aquí yace la princesa Anca Macapac*. Pero el camino seguía más allá de la *pasana*, serpenteando el cerro hasta internarse en la cumbre, no muy alta, tampoco baja. Paso a paso, se detenía en una roca, un arbusto, como si quisiera que los niños memorizaran aquellas señas. Por fin se abrió camino hacia una enorme piedra que descansaba de costado y que, al mirarla de lejos, se veía como la cara de un anciano. La imagen que proyectaba el nubarrón seguía avanzando y traspasaba aquella roca como por un túnel negro y húmedo. Tan real era la imagen que los envolvía, que Emilia sintió escalofríos. De pronto vieron al abuelo de Ramón, sentado con los brazos en las rodillas.

Eso fue todo. La nube se dispersó y los niños se encontraron en el jardín, parados al lado de la reja totalmente despejada. Salieron corriendo, tomaron sus bicicletas y pedalearon hasta el pueblo de San Pedro. Tenían miedo y el corazón les bombeaba

seguido, pero iban contentos, con una sonrisa pegada en la cara, una mueca aparecida al darse cuenta de que los espíritus de los antepasados, los tata-abuelos, les mostraban el camino al cementerio. Ahora sólo faltaba convencer a Tristán.





Tercera parte

La verdad de un cementero

La sospecha de Tristán

La noche en que el abuelo de Ramón desapareció, Tristán tuvo un sueño. Iba en moto por el valle de la Muerte y la arena se hacía cada vez más pesada, apenas podía controlar el manubrio, porque las ruedas se iban de lado a lado, dejando una estela de arena que le nublaba la vista. El camino parecía interminable. Se le atoraba la moto, él aceleraba y le daba un nuevo impulso, pero la rueda delantera se le enganchaba, frenando en seco, y salía proyectado dos metros hacia delante, cayendo en medio de la arena, todo desparramado. Entonces, reconocía el lugar. Era el mismo en donde años antes vio aparecer a aquel anciano sin volumen que le había revelado la existencia del cementerio. Tendido en el suelo, gritaba: ¿qué hice mal? Pero nadie le respondía. Estaba solo, completamente solo en medio de ese desierto de dunas. Aguzaba los oídos, pensando que alguien lo llamaba, pero lo único que oía era el silbido constante del viento.

—Estoy solo —pensó segundos antes de despertar.

Alarmado abrió los ojos. Estaba tendido en su cama boca arriba. Se asomó a la ventana con una sen-



sación extraña. Debía ser medianoche, porque la luna iluminaba el desierto.

— Algo hice mal — pensó, y fue hasta su escritorio. Sobre la mesa descansaban los papeles que había ido acumulando durante años de investigación. Resopló cansado y se sentó para leerlos uno por uno.

Por esa razón, cuando los niños aparecieron por el museo en la mañana descubrieron que no había ido a trabajar.

— ¿Cómo es eso? — preguntó Laura.

— Dijo que no volvería — contestó la mujer en la recepción con un tono intrigante.

— ¿Está enfermo? — quiso saber Emilia.

— ¿La verdad? — señaló la mujer, llevándose una mano alba de uñas pintadas al pecho —, para mí que se volvió loco, eso es lo que pienso, que Tristán perdió la chaveta. En otras palabras, olvídense de él. — dijo, mirándose las uñas.

— ¿Loco? — preguntó Laura.

— Sí, tal como lo oyes, jovencita, y ahora ¡largo!, que tengo que trabajar.

¿Por qué Tristán abandonaría su trabajo justo ahora?, se preguntaron a la salida del museo. Eso era muy extraño. ¡Si Tristán vivía para su trabajo! Decidieron ir a buscarlo a su casa. Tocaron a la puerta y aunque nadie salió a recibirlos, con los golpes la puerta se abrió. Se asomaron a mirar. El desorden que reinaba adentro era impresionante, como si hubiese pasado un tornado, había basura por donde miraran, papeles desparramados, tazas y platos con restos de comida por todas partes. Laura llamó:

—¡Tristán! —la voz sonó casi inaudible. Carraspeó y volvió a repetir más fuerte—: ¡Tristán!

Escucharon un ruido que provenía de alguna pieza y segundos más tarde lo vieron aparecer. Se veía altísimo, con sus cabellos rubios desordenados sobre la cara. No los había escuchado, porque pasó frente a ellos directo a la cocina.

—¡Tristán! —llamó Laura nuevamente.

Esta vez se volvió para verlos, con calma despejó la mata de pelos que le caía sobre sus ojos y pronunció sin ánimo:

—¡Ah!, ustedes.

—Necesitamos hablar contigo —dijo Ramón.

—¿Me traes un *huaco* nuevo? —preguntó y se largó a reír.

Parecía un loco. Algo inhibido, Ramón respondió:

—No. Se trata de algo distinto.

Entre risas, Tristán contestó:

—Ja, ja, ja, pues te tengo una noticia, jovencito: no me interesa. ¿Puedes creerlo? Ja, ja, ja. ¡Tu *huaco* no me interesa! Ahora, joven, señoritas, si fueran tan amables, ¿podrían salir por la misma puerta por la que entraron?

Pero los niños se quedaron. Sin decir una letra, se quedaron.

—¡Ah!, veo que no me hacen caso —dijo, dejándose caer sobre un sofá—, aunque, ahora que lo pienso, vuestra visita me parece tremendamente oportuna. Sí, sí, porque no deja de ser irónico que seas tú —señaló a Ramón— el primero en saberlo todo —e hizo una genuflexión al más puro estilo

oriental, sólo que estaba sentado y calló encima de sus rodillas y enmudeció como si se le hubiese olvidado lo que estaba hablando.

—¿Tristán? —llamó Emilia.

No respondió. Esperaron otro rato más. Ramón se acercó y le tocó un hombro, entonces se levantó de un salto:

—¡No toquen los papeles! —gritó.

—¿Qué papeles? —preguntó Laura.

—Ustedes, ¿qué hacen aquí?

—Queríamos conversar contigo —dijo Ramón.

—¡Ajá!, sí, sí, los *huacos*, lo recuerdo todo, todo lo recuerdo, jovencito, y ya te dije, ja, ja, ja, ¡que no me interesan! —y volvió a reír a gritos.

—¿Qué te pasa? —preguntó Emilia, pero Tristán la interrumpió:

—No tengo tiempo para discutir estupideces. He decidido abandonar mis investigaciones, de ahora en adelante seré guía de turismo aventura. Tu padre tenía razón, Laura, ¡toda la razón! Me he pasado la vida detrás de un espejismo. El cementerio maldito ¡no existe! Y por mí, todas las momias se pueden quedar dormidas eternamente. ¡Se acabó! —exclamó y tiró al aire un montón de papeles que había sobre la mesa del living.

Los niños quedaron boquiabiertos; Tristán, en cambio, siguió con la mirada el vuelo rasante de sus papeles. Esperó hasta que el último cayera y sólo entonces volvió los ojos a los niños.

—¡Me cansé!, ¡*no more!* —dijo en inglés. Y luego, dirigiéndose a Laura: Dile a Felipe que de ahora en adelante trabajaré para él.

Hubiera seguido quejándose y hablando de no haber sido porque en ese momento, Ramón hizo algo insólito: se le acercó veloz como un guepardo y, agarrándose de sus hombros, lo zamarreó.

—¡Baaaaaasta! ¡Deja de actuar como un loco!, ¿quieres?, necesitamos que nos ayudes.

—...

—¡Todo este tiempo has estado equivocado! —chilló Ramón con la cara colorada y las venas marcadas en el cuello—, interpretaste mal lo que te dijo el viejo, ¿no te das cuenta? Nunca quiso que descubrieras el cementerio, sino que lo ayudaras a protegerlo. Por eso es que los espíritus te abandonaron y nadie te mostró el camino, pero ¡nosotros sabemos exactamente dónde está! —confesó Ramón.

Hubo un silencio. Ramón dejó de zarandear a Tristán y bajó la cabeza.

—¿Es una broma? —preguntó el arqueólogo.

—No —respondió Ramón.

—¿Desde cuándo lo saben? —quiso saber.

—Desde que mi abuelo desapareció —contestó Ramón.

—¿Y qué cuernos toca tu abuelo en todo esto?

—¿Mi abuelo...? Pues él es el anciano que se te apareció en el valle de la Muerte.

Entonces, las niñas se apuraron en contarle todo lo que les había sucedido desde el principio. Sin omitir nada. La casa del abuelo, sus poderes de traslación, la leyenda escrita en los papeles que salieron del baúl, el nubarrón que les mostró el camino hacia el cementerio; todo.

—¡Tienes que ayudarnos, Tristán! —pidió Laura.

—Parce que no me queda otro remedio.

—Pero antes tendrás que prometernos que no le contarás a nadie —aclaró Ramón.

—Seré como una tumba —dijo con una mueca divertida.

Los tata-abuelos llegan tarde



El día que partieron hacia el salar de Tara amaneció sin una sola nube en el cielo de San Pedro. Con las mochilas cargadas y un entusiasmo a toda prueba, Laura, Emilia, Ramón y Tristán se subieron a la furgoneta que los dejó a los pies del cerro. El resto del camino tendrían que hacerlo a pie.

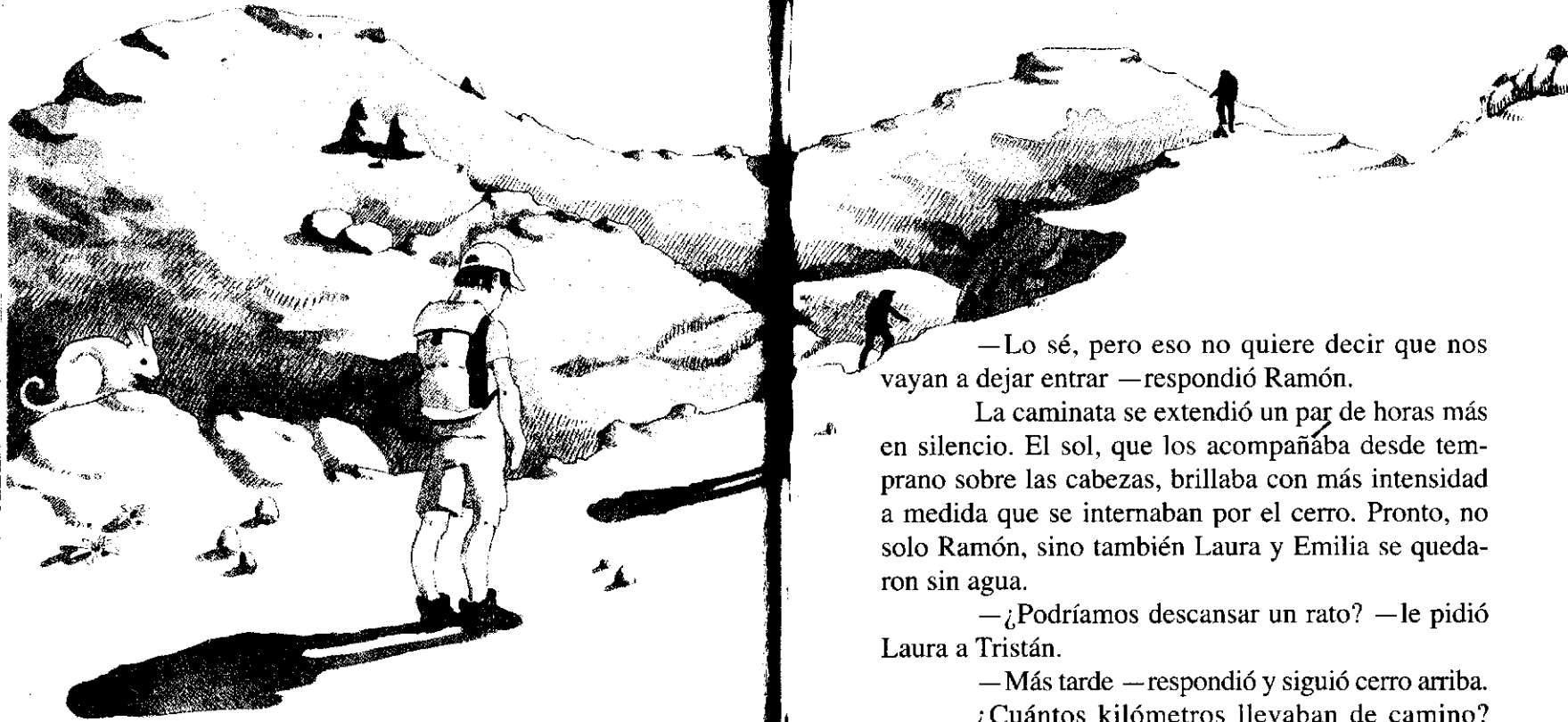
El desierto ardía bajo un sol implacable y las mochilas se les hicieron tan pesadas que a los niños les costó mantener el ritmo que llevaba Tristán. Caminaba como un coloso, con sus zancadas de metro y medio, y los niños debían correr cada cierto rato para alcanzarlo. El primer indicio de que la jornada no acabaría según lo pensado, sintió Emilia, fue que Ramón bebió el agua de su cantimplora demasiado rápido.

Habían caminado una hora, más o menos, cuando anunció que necesitaba abastecerse de agua.

Tristán lo miró con los ojos inyectados de rabia.

—¿Me vas a decir que te bebiste toda el agua? ¡Pero si todavía quedan dos horas de camino!
—le increpó.

Ramón bajó su cara roja de calor.



— ¡Eres un irresponsable! — le gritó Tristán, y acomodándose la mochila retomó la marcha furioso.

Ramón lo siguió callado. Demasiado silencioso, pensó Emilia.

— ¿Qué te pasa? — le preguntó una vez que Tristán se hubo alejado un poco.

— Algo anda mal.

— ¿Por qué? — preguntó la niña.

— Porque debiéramos haber recibido alguna visita y no ha pasado nada...

— ¿Qué visita?

— Alguien que nos guíe hasta el cementerio.

— Pero sabemos adonde queda — exclamó Emilia.

— Lo sé, pero eso no quiere decir que nos vayan a dejar entrar — respondió Ramón.

La caminata se extendió un par de horas más en silencio. El sol, que los acompañaba desde temprano sobre las cabezas, brillaba con más intensidad a medida que se internaban por el cerro. Pronto, no solo Ramón, sino también Laura y Emilia se quedaron sin agua.

— ¿Podríamos descansar un rato? — le pidió Laura a Tristán.

— Más tarde — respondió y siguió cerro arriba.

¿Cuántos kilómetros llevaban de camino? ¿Cuánto faltaría para llegar al cementerio?, pensaron los niños. No tenían idea. Sólo Tristán seguía el sendero como si supiera exactamente hacia dónde se dirigía. A veces, una roca resaltaba de las muchas piedras que había en el camino y los niños se resguardaban un par de minutos bajo su sombra, pero Tristán no hacía amago de detenerse, así es que tenían que retomar la caminata corriendo para poder alcanzarlo. Así anduvieron cerca de cinco horas. Bajo un sol imponente, muertos de sed y sin recibir ninguna señal, como esperaba Ramón. A las dos de la tarde, por fin pararon a comer unos sándwiches que repartió Tristán y pudieron beber un sorbo de agua, gentileza de la cantimplora del arqueólogo.

—Hemos pasado lo peor —anunció de repente—. Queda poco para llegar hasta el lugar que ustedes me indicaron.

Los niños no dijeron nada.

—¡Arriba ese ánimo! —exclamó, poniéndose de pie.

—¿Podríamos descansar un rato más? —preguntó Emilia.

—Lamentablemente, no. Debemos llegar temprano si queremos armar el campamento cerca del cementerio; de lo contrario, nos pillarán la noche en plena cordillera y el frío será tremendo, se lo aseguro.

Así es que volvieron a la caminata silenciosa. Al calor, al sol pegándoles cada vez más fuerte y empapándoles la ropa. Pasaron de largo la *pascana* en donde encontraron a la momia, siguieron por el sendero que serpenteaba cerro arriba y continuaron, pero no encontraron ninguna señal del cementerio. Entonces Tristán se detuvo. Se veía preocupado, pensó Emilia. Revisó el GPS que llevaba colgado del cuello y comparó los datos con un mapa que sacó de la mochila. Deberían estar ahí, el cementerio debía estar varios metros debajo de sus pies, pero entonces, ¿dónde estaba aquella roca de la que habían hablado los niños?

Laura, Emilia y Ramón, mientras tanto, aprovecharon de sentarse sobre unas piedras. Estaban cansados, tenían sueño y les dolían los pies.

—¡Estamos perdidos! —exclamó de pronto Tristán—, porque, según mis datos, estamos parados justo sobre el cementerio y aquí no hay nada.

Los niños miraron alrededor. El desierto cordillerano se extendía a lo largo y ancho.

—Tendremos que volver a la *pascana* y comenzar de nuevo —dijo.

—¿Qué? —la voz de Laura sonó impaciente.

—No te preocupes, lo haremos mañana. Ahora armaremos nuestro campamento y descansaremos.

Laura suspiró con alivio.

Levantaron las carpas mientras Tristán encendía una fogata. El fuego prendió rápido y los niños se instalaron alrededor. La llama bailaba de un lado a otro, tranquila y suave. Comenzaba a oscurecer en la montaña, pero la fogata los mantenía abrigados. Sin saber en qué minuto, la llama los hipnotizó por completo, dejaron de conversar, sólo miraban hacia esa lengua dorada batiéndose en la noche. El vaivén le recordó a Emilia el baño en el mar con su papá durante el verano. Arriba y abajo con las olas. De pronto se sintió mareada. La lengua de fuego seguía ardiendo apacible como el agua que se mece, su color era como el oro, tan cálido y luminoso. Creyó que soñaba porque sintió que caía de espaldas por un túnel, largo y profundo, un túnel que llevaba hacia el fondo de la tierra.

El secreto de la montaña



Sin saber cómo, Emilia despertó dentro de una cueva. Su cuerpo no tenía consistencia, igual que el anciano que se le apareció aquella vez como *el que sopla entre los árboles*. Estiró los brazos y comprobó que iban mucho más allá de sí mismos, como si fueran de elástico o de goma; con las puntas de sus dedos alcanzó la pared que estaba enfrente. Lo más increíble es que soplaban al moverse, igual que el susurro del viento, los agitó rápidamente y se escucharon como un ventarrón. Lo mismo ocurría con sus piernas que flotaban a centímetros del suelo; no logró verse los pies porque se diluían en una bruma gris. Llamó a Laura, pero su voz no era su voz, sino un remolino de aire. Gritó con fuerza y el aullido sonó como tornado. ¿Qué le pasaba? ¿Dónde estaba metida? Miró alrededor, la caverna que la contenía estaba oscura y no había nadie. Pensó que moviéndose hacia un costado podría encontrar un hueco entre las rocas por donde colarse, pero su cuerpo era tan ligero que reaccionó con demasiada rapidez al impulso que tomó para alcanzar la orilla y se golpeó contra la roca.

— ¡Laffffufffffrffafff! — volvió a llamar con su voz de ciclón—. ¡Laffffufffffrffafff! — repitió.

Se convenció de que debía estar soñando cuando vio aparecer entre las rocas a una mujer con el pelo negro que le llegaba hasta la cintura. Era bajita, delgada y vestía una túnica blanca llena de piedras y dibujos. Le dijo que la siguiera en un idioma que a Emilia le pareció familiar, pues sonaba como el murmullo del viento entre las hojas de los árboles. Iba a echarse a andar cuando recordó su cuerpo ventoso, ¿Cómo podría moverse sin salir disparada?

Adivinando su pensamiento, la mujer le tomó las manos y la condujo más allá de la piedra. Emilia atravesó la piedra por dentro. Iba apretada y su cuerpo silbaba al traspasar las grietas, pero la roca se expandía igual que la plasticina, permitiéndole adentrarse en ella. En un momento dejó de silbar y su cuerpo volvió a ser como antes, de carne y hueso. Instintivamente se tocó los brazos y las piernas y exclamó:

—¡Soy yo! —entonces se percató de que estaba en otra cueva, más grande e iluminada, y que había muchas otras personas ahí dentro, todas con el pelo largo hasta la cintura, túnicas blancas y piedras que brillaban en la oscuridad. Parecían vestidas para una fiesta.

Entre medio de otra roca comenzaron a aparecer Laura, luego Ramón y poco después Tristán. ¡Qué felicidad sintió!

—¡Laura! —llamó y su voz sonó clara y fuerte, pero interrumpida por un hombre de túnica blanca que habló ceremoniosamente:

—Gracias por acudir a nuestro llamado —dijo. Laura, Emilia, Tristán y Ramón guardaron silencio. Él continuó:



—Claro, que vuestra indiscreción nos ha generado algunos inconvenientes...

—¡Teníamos que proteger el cementerio! —se excusó Ramón, poniéndose de rodillas como si se dirigiera hacia algún rey o algo así.

—¿Te volviste loco? ¡Levántate! —le pidió Emilia avergonzada.

Pero el hombre de la túnica blanca siguió hablando sin preocuparse por esos detalles:

—Han actuado de buena fe, pero se equivocaron, tendrán que devolver a nuestra querida Anca Macapac.

—¿A la momia? —preguntó Tristán.

—Es preciso que descanse con nosotros. Su belleza nos protege y espanta a los viajeros —señaló el hombre.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó Tristán.

—Acompáñenme —dijo y se deslizó por un túnel enorme que conducía a una pieza aún más grande que la anterior. Emilia tenía la sensación de estar flotando de nuevo. Se detuvieron enfrente de una enorme roca, ¡era la roca que indicaba la entrada al cementerio! El hombre hizo un ademán con las manos, como si mandara: *Ábrete Sésamo*, y las puertas se abrieron. Entonces, pudieron ver la entrada al cementerio, sus escalones cortados en la piedra artesanalmente, su olor a encierro y a cadáver. Al fondo de las escaleras, unos pequeños cuartitos resguardaban el lugar de reposo de las momias ubicadas de costado, unas al lado de las otras, como si cada cual tuviese asignado ese metro cuadrado, un cuarto personal. Estaban ricamente ataviadas. Todas ellas con

copones de oro sobre la cabeza, pecheras, muñequeras y collares de oro. También llevaban adornos de plumas y piedras preciosas, descansaban junto a sus arcos, flechas y escudos. La riqueza y belleza de ese escenario era tan espectacular que los dejó con la boca abierta.

—¡Sabía que existía un cementerio! ¡Lo sabía! —exclamó Tristán, mirando a su alrededor completamente feliz.

El hombre de la túnica blanca asintió y siguió avanzando por la roca que se hacía cada vez más estrecha; ellos lo siguieron, pero tuvieron que encogerse y caminar prácticamente en cuclillas hasta que llegaron a otra pieza donde había otros hombres como él. Descansaban, o así parecía, pues tenían las miradas perdidas en un punto lejano, como cuando uno duerme parado o sueña despierto; los hombres se encontraban lejos, aunque sus cuerpos se hallaran ahí mismo.

Las niñas los miraron extrañadas. El hombre de la túnica que los guiaba dijo:

—Todos ellos andan allá donde vive vuestra gente.

¿Qué significaba eso?, pensó Emilia. El hombre de la túnica, adivinando su pensamiento, respondió:

—Ellos son algunos de los tata-abuelos que protegen a sus familiares...

—¿Pero cómo es posible? —preguntó Tristán.

El hombre contestó:

—Hace mucho tiempo caminamos por un sendero entre las cumbres más altas de la cordillera,

conocimos el cielo azul y la oscuridad más oscura. La nieve nos golpeó la cara y nos secó los labios, pero seguimos. Las aves nos hablaron en murmullos. *No se rindan*, dijeron, *más allá de la nieve encontrarán el oasis*, prometieron. Nosotros caminamos. Cincuenta días y cincuenta noches. *No se rindan*, repitieron los pájaros, y perseveramos. El día cincuenta y uno vimos la línea que recortaba el río en medio de la tierra, vimos las sombras de los árboles y vimos su gente. Nos recibieron como hermanos. Juramos protegernos, ayudarnos, formar una alianza que inmortalizamos con fuego y agua. Hermanos de sangre y de tierra, habitamos juntos, sembramos y cosechamos, nuestras descendencias se mezclaron como las aguas de los ríos y nos quedamos. A salvo del calor, resguardada del frío, construimos nuestra casa en estas rocas, aquí guardamos nuestros tesoros y prometimos fidelidad a esta tierra. Por eso, el viento nos dotó de aire; el sol nos vistió de oro; la luna, de su resplandor eterno, y las estrellas y las aves nos mostraron los caminos, todos los caminos —dijo, señalando hacia el fondo de la bóveda en que se encontraban. Ahí en medio de una nebulosa se proyectaba todo San Pedro, igual que en una sala de cine. Laura vio el hotel de sus padres; Ramón, la casa de su abuelo; Tristán, el museo, y Emilia, la *pascana*.

El hombre de la túnica blanca continuó:

—Estamos aquí para cuidar cada rincón, cada espacio. Si ustedes nos convierten en huesos para su cementerio, ni la luna, ni el sol, ni el viento podrán ayudarnos, como a la bella Anca Macapac, a quien tienen muerta en su sala.

—La devolveremos —dijo Tristán rápidamente.

—Por esa razón los he traído hasta aquí esta noche, quisiera que vayan ligeros como *el que sopla entre los árboles* y traigan de vuelta a Anca Macapac. De ahora en adelante descansará junto a nosotros.

Hizo una pausa y chasqueó los dedos. Entonces entre las sombras de un rincón, apareció el abuelo de Ramón.

Ramón corrió a abrazarlo.

—Nuestro amigo fiel los acompañará en el trayecto y luego volverá junto a nosotros.

—¿Cómo? —preguntó Ramón.

—Tu abuelo nos ha protegido durante todos estos años, nos ha cuidado y ha sido un emisario leal, ya es hora que descanse con nosotros. Cierren los ojos ahora —les ordenó y su voz dio paso al sonido del viento.

Emilia escuchó el silbido de las hojas. Le pareció que flotaba y avanzaba, como si volara por los aires, pero en realidad, en lo profundo, sentía también que su cuerpo no se había movido, era como si su espíritu hubiese salido de su cuerpo. No se atrevió a abrir los ojos hasta que sintió la voz del abuelo:

—¡Ya está!

Vio que se encontraba en medio de la sala del museo. Su cuerpo nuevamente era de aire, y su voz, sibilina y airosa.

—¡A empacar! —ordenó el abuelo y todos se pusieron a trabajar.

Emilia comprobó que lograba moverse con soltura, sus brazos corrían por la sala empacando cui-

dadosamente las ropas de la momia, sus joyas, su corona. Los brazos ligeros de Laura, Ramón y Tristán se movían al compás de los suyos, tan frágiles y suavemente que en pocos minutos habían acabado. El anciano, mientras tanto, había envuelto el cuerpo de la momia en una túnica blanca.

— Volverás a casa — le susurró en ese idioma ventoso que Emilia lograba comprender.

Pronto volvieron a escuchar el sonido del viento, el zumbar de las hojas de los árboles, y Emilia tuvo la sensación de estar elevándose por los cielos; luego, sintió como su espíritu descendía hacia su cuerpo igual que un helicóptero, de arriba abajo con cuidado y precisión. Abrió los ojos y comprobó que estaban en la cueva. Los tata-abuelos ocupaban nuevamente su cuerpo, porque esta vez los miraron agradecidos y se acercaron al cuerpo de Anca Macapac para darle la bienvenida. El abuelo la llevaba en sus brazos y se la entregó al hombre de la túnica blanca. Él se volvió a mirar a los niños y a Tristán con una mueca de agradecimiento, después dio media vuelta y desapareció entre las rocas.

Horas más tarde despertaron alrededor de la fogata, con el fuego extinguido y sus carpas intactas. El sol comenzaba a levantarse en medio de la cordillera y sintieron un frío que les caló los huesos. Ninguno de ellos estaba muy seguro de lo que había pasado durante la noche, ¿lo habrían soñado? ¿Pero quién sueña el mismo sueño al mismo tiempo?

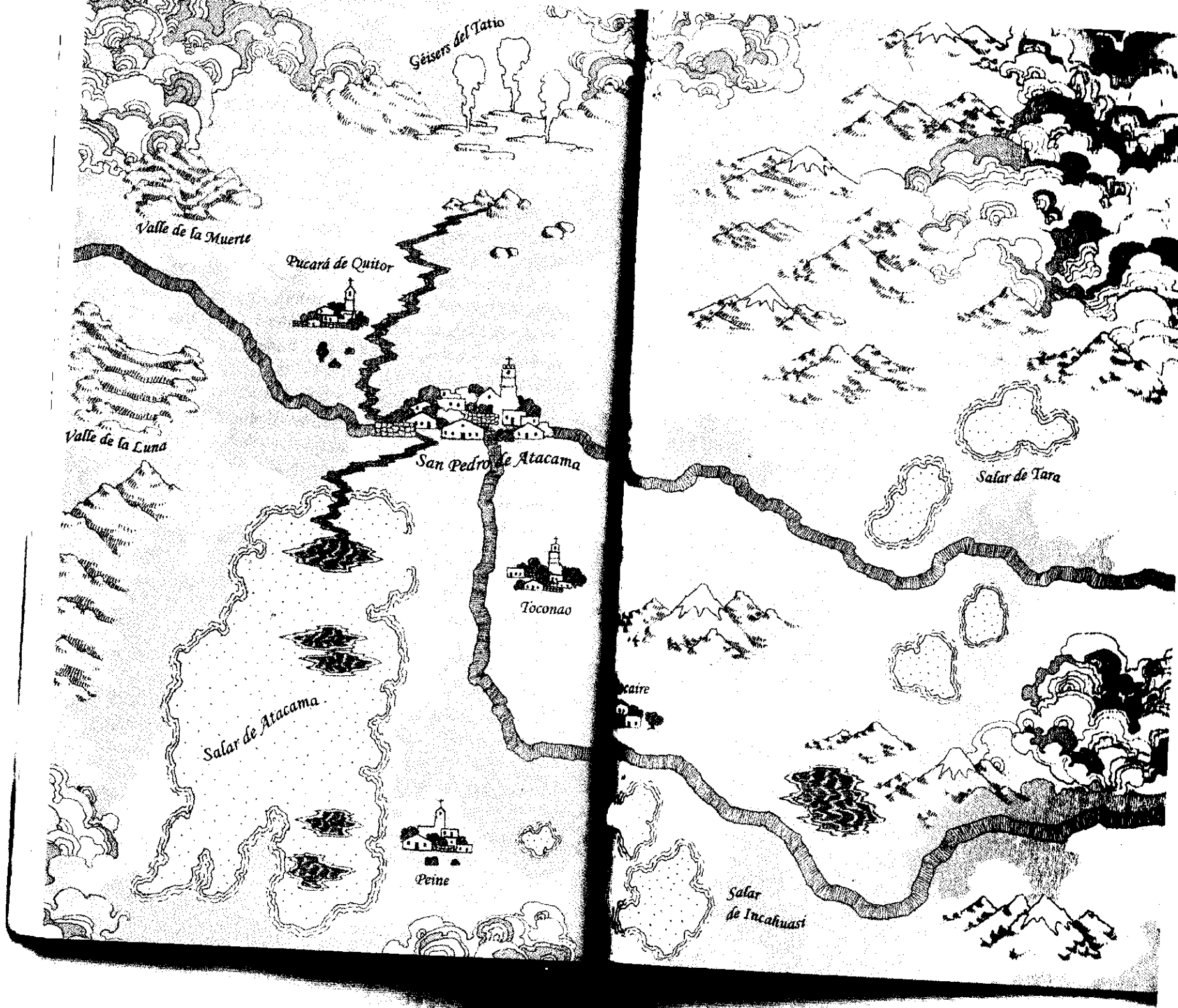
Tristán mandó desarmar el campamento. Volverían a San Pedro.

El día en que Emilia tomó el bus de vuelta a Santiago, todavía se hablaba del robo ocurrido en el

museo de San Pedro. Algunos pensaban que era cosa de magia, pues los ladrones se habían llevado a la momia y todas sus joyas sin dejar rastros ni forzar las cerraduras, ni menos activar la alarma. Por eso mismo, la policía sospechaba de la propia gente del museo y había ordenado perpetuar los interrogatorios hasta encontrar al culpable. El único que fue excusado sin necesidad de entrevistas ni careos fue el joven arqueólogo Tristán, en parte debido a su delicado estado de salud, pero también porque sus conocidos alegaron que era imposible que hubiese robado nada del museo. Es decir, Tristán había dedicado toda su vida a él, así es que era impensable que tuviera algo que ver. De hecho, según Felipe, lo que había terminado por trastornarlo era aquel robo ruin.

— Su casa parece azotada por un huracán, como si el mismo viento viviera ahí — había dicho en la mesa, y las niñas sonrieron.

Después de todo, *el que sopla entre los árboles* había dejado un heredero.



SARA BERTRAND

Estudió Historia y Periodismo en la Universidad Católica de Chile. Ha trabajado en diferentes medios de comunicación escrita, además de participar en la investigación de libros de Historia. Colaboró para el suplemento cultural Artes y Letras de *El Mercurio* y actualmente escribe para la revista mexicana *Palabras Malditas* y la chilena *La CAV*. En 2007 ganó una beca de creación literaria del Fondo del Libro con el libro *Cuentos Inoxidables* y publicó su primera novela infantil. El año 2009 publicó «Los acordes del mandinga» en el libro *¡Que viva la fiesta!*, de la Fundación Gabriel García Márquez. En Alfaguara infantil y juvenil ha publicado *La momia del Salar* (2009), *Otelo y el hombre de piel azul*, *Ramiro Mirón o el ratón espía* y *Desastres chilenos* (2010).

Índice

Primera parte

El secreto de la montaña

I	Un oasis llamado San Pedro	11
II	La princesa inca	17
III	Oculto en el ventarrón	23
IV	En el Pukará de Quito	29
V	La cruzada de Tristán	37

Segunda parte

El que sopla entre los árboles

VI	El plan imperfecto	47
VII	¿Despojos de un cementerio?	53
VIII	Lo que estaba escrito	59
IX	En busca del que sopla entre los árboles	65

Tercera parte
La verdad de un cementerio

X	La sospecha de Tristán	73
XI	Los tata-abuelos llegan tarde	81
XII	El secreto de la montaña	87